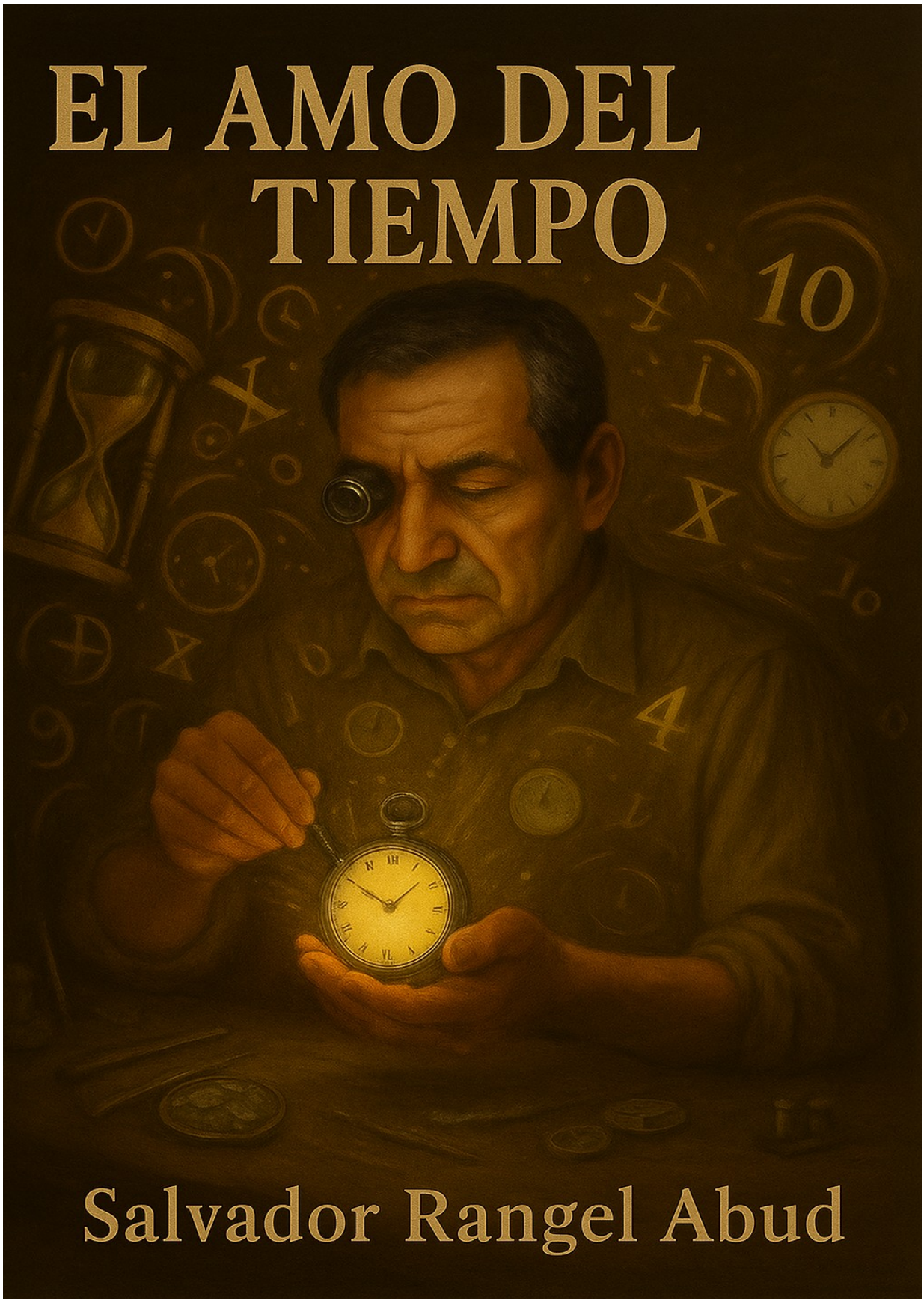
EL AMO DEL TIEMPO



Salvador Rangel Abud

EL AMO DEL TIEMPO

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

El tiempo no nació ni morirá: simplemente está.

En el corazón del Centro Histórico de la Ciudad de México, en la vieja calle de la Palma donde los plateros y orfebres sobreviven a la modernidad aplastante, existe un pequeño taller de relojería con un letrero de madera ya ennegrecida que apenas deja leer el nombre del dueño: Rufino Agúndez, su Relojero de Confianza.

Rufino no es simplemente un hombre que repara relojes. Es alguien que entiende el tiempo de una manera que ningún físico ha sabido formalizar y ningún filósofo ha terminado de nombrar. Su mejor amigo es Benjamín, astrofísico formado en Alemania, con publicaciones en revistas internacionales y una reputación sólida entre sus pares — y con quien Rufino sostiene interminables discusiones sobre el origen del universo que siempre terminan en empate filosófico. Ambos disfrutan del combate más que de cualquier victoria posible.

Lo que comienza como la historia de un artesano excéntrico en una calle con memoria de tres siglos se convierte, capítulo a capítulo, en algo más difícil de clasificar: un reloj con certificado de autenticidad que no debería existir, un consejo estelar que nadie convocó, un robo perfecto cuya víctima es el tiempo mismo, y una paradoja llamada Casiopea que pone en crisis todo lo que Benjamín creía saber sobre el universo.

El epílogo lo cierra como debe cerrarse: Rufino ya no es un hombre. Es una pulsación que sostiene los segundos. En el taller que lleva su nombre, entre relojes digitales y piezas de colección, hay uno que nadie se atreve a tocar.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado.

En *El Amo del Tiempo* su formación científica y su capacidad de construir mundos desde la investigación y la imaginación producen algo inesperado en su obra: una novela que mezcla artesanía, astrofísica y filosofía del tiempo con la ligereza de quien sabe que las preguntas más grandes no requieren solemnidad para ser tomadas en serio. Es su novela más juguetona — y una de las más profundas.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El Amo del Tiempo

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Ficción especulativa / Fantasía filosófica / Novela de ideas

Extensión: ~33,407 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

Ambientación: Centro Histórico de la Ciudad de México

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Hay preguntas que la ciencia contesta con ecuaciones y la filosofía contesta con más preguntas. ¿Qué es el tiempo? ¿Existe fuera de quien lo mide? ¿Puede detenerse, robarse, heredarse? ¿Quién es su verdadero dueño?

Rufino Agúndez, relojero de la calle de la Palma, tiene respuestas propias. No están en ningún libro de física ni en ningún tratado de metafísica. Están en el mecanismo de un reloj que lleva décadas girando sin que nadie lo haya dado cuerda, en la galaxia interior que solo él sabe ver, en el silencio particular que producen los relojes cuando deciden callarse.

Esta novela nació de la convicción de que el Centro Histórico de la Ciudad de México es el único lugar del mundo donde el tiempo hace lo que quiere — y de que hay personas que lo saben y han decidido vivir con esa certeza en lugar de resistirla.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

tiempo · relojería · Centro Histórico · Ciudad de México · astrofísica · filosofía · ficción especulativa · fantasía · paradoja · artesanía · universo · novela de ideas · novela en español · magia cotidiana

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela habita el espacio poco frecuentado entre la física teórica, la filosofía del tiempo y la magia cotidiana — sin pertenecer completamente a ninguno de los tres. A lo largo de sus quince capítulos y epílogo, *El Amo del Tiempo* explora la artesanía como forma de conocimiento que la academia no sabe clasificar pero que produce resultados que la academia no puede explicar, la amistad entre el artesano y el científico como diálogo entre dos maneras igualmente serias de hacerse las mismas preguntas, el Centro Histórico de la Ciudad de México como territorio donde el tiempo tiene textura física — huele a humedad, produce sombras, guarda ecos — y donde las reglas del presente coexisten con las reglas de otros siglos, la herencia como transmisión de algo que no cabe en ningún testamento ni en ningún certificado de autenticidad, y el epílogo como transformación final de Rufino de personaje a principio: ya no es un hombre sino una pulsación que sostiene los segundos, que es la única forma honesta de terminar una novela sobre el tiempo.

CITAS DESTACADAS

"El tiempo no nació ni morirá: simplemente está."

"El Centro Histórico de la ciudad de México es un lugar donde la duración adquiere cuerpo."

"Su amistad estaba hecha de silencios incómodos y discusiones inútiles sobre el origen del universo, conversaciones que siempre terminaban en un empate filosófico donde ninguno convencía al otro pero ambos disfrutaban del combate."

"Rufino Agúndez ya no es un hombre, sino una pulsación que sostiene los segundos."

"Hay uno que nadie se atreve a tocar."

"El tiempo no termina, sólo cambia de respiración."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *El Amo del Tiempo* un territorio narrativo cercano, con la peculiaridad mexicana y la filosofía ligera que le son propios.

Jorge Luis Borges (*El jardín de los senderos que se bifurcan*, *El Aleph*): el tiempo como laberinto donde la narrativa y la metafísica son la misma cosa, manejados con la elegancia de quien sabe que las grandes preguntas se cuentan mejor en pocas páginas. Gabriel García Márquez (*El coronel no tiene quien le escriba*, *La hojarasca*): el realismo mágico latinoamericano donde lo extraordinario habita con total naturalidad en lo cotidiano y nadie se sorprende demasiado. Umberto Eco (*El nombre de la rosa*, *El péndulo de Foucault*): la erudición como fuente de humor y de misterio simultáneamente, la amistad intelectual como motor narrativo. Carlos Monsiváis en su registro de crónica del Centro Histórico: la Ciudad de México

como personaje que tiene memoria propia y no siempre coincide con la de sus habitantes.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela ocupa un lugar singular: es la más juguetona de su colección, la que más disfruta de sus propias ideas, la que menos necesita justificarse ante ningún género. Comparte con *Homeorresis* la ambición científica y con *¿Quién mató al Marqués?* el placer del absurdo bien construido, pero tiene una voz propia que no se parece a ninguna otra de sus novelas.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

El prólogo afirma que el tiempo "simplemente está" — no nació ni morirá. ¿Le parece esa una afirmación filosófica, científica, o algo que no cabe en ninguna de las dos categorías?

Rufino y Benjamín tienen discusiones sobre el origen del universo que "siempre terminan en empate". ¿Cree usted que ese tipo de empate intelectual es señal de una amistad especialmente sólida, o de una conversación que nunca debió comenzar?

El Centro Histórico de la Ciudad de México es descrito como un lugar donde el tiempo "adquiere cuerpo". ¿Ha estado usted en algún lugar donde haya sentido algo parecido — donde el pasado sea físicamente perceptible?

El capítulo 10 se titula "El robo perfecto". ¿Qué significa robar el tiempo, y quién podría ser la víctima?

El epílogo transforma a Rufino de persona a principio: "ya no es un hombre, sino una pulsación que sostiene los segundos." ¿Es eso una muerte, una apoteosis, o algo para lo que no existe nombre todavía?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). El amo del tiempo. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. El amo del tiempo. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. El amo del tiempo. Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica, la ficción especulativa política, la novela coral carcelaria,

el bildungsroman romántico, la comedia de misterio colonial, el thriller arqueológico especulativo, la sátira histórica, la novela de denuncia y propuesta hídrica, el thriller energético con propuesta técnica y —como demuestra esta entrega— la fantasía filosófica que mezcla artesanía, astrofísica y tiempo en el corazón del Centro Histórico de la Ciudad de México. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

En la calle de la Palma, en el Centro Histórico de la Ciudad de México, hay un taller que lleva el nombre de los Agúndez. Las fachadas cambian de color con cada restauración. Los vecinos mueren y son reemplazados por otros que no conocen la historia. Los letreros se renuevan. Las vitrinas se llenan de relojes digitales y piezas de colección.

Pero entre todos esos relojes, hay uno que nadie se atreve a tocar.

No porque esté roto. No porque esté a la venta. Sino porque quienes han estado cerca el tiempo suficiente saben, sin poder explicarlo, que ese reloj no mide el tiempo. Lo sostiene.

El Amo del Tiempo es la historia de cómo llegó ese reloj ahí, de quién fue Rufino Agúndez y de qué significa ser dueño de algo que no le pertenece a nadie. Es una novela sobre artesanía y astrofísica, sobre la amistad entre quienes hacen las mismas preguntas con herramientas distintas, sobre el Centro Histórico como el único lugar de México donde el pasado no es metáfora sino textura física.

Y es, sobre todo, una novela sobre la única pregunta que importa cuando uno trabaja con relojes toda la vida: ¿quién mide a quién?

© 2026 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 · wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

EL AMO DEL TIEMPO

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1. CON EL TIEMPO NO SE NEGOCIA
CAPÍTULO 2. EL HOMBRE DEL RELOJ
CAPÍTULO 3. LA GALAXIA INTERIOR
CAPÍTULO 4. EL CERTIFICADO DE AUTENTICIDAD
CAPÍTULO 5. EL TIEMPO DETENIDO
CAPÍTULO 6. LAS LEYES DEL RELOJ
CAPÍTULO 7. EL CONSEJO ESTELAR
CAPÍTULO 8. EL PESO DE LOS SEGUNDOS
CAPÍTULO 9. EL HIJO Y LA HERENCIA
CAPÍTULO 10. EL ROBO PERFECTO
CAPÍTULO 11. LAS PARADOJAS DE CASIOPEA

CAPÍTULO 12. EL RESCATE
CAPÍTULO 13. EL ÚLTIMO SEGUNDO
CAPÍTULO 14. EL SILENCIO DE LOS RELOJES
CAPÍTULO 15. EL AMO DEL TIEMPO
EPÍLOGO

PRÓLOGO

El tiempo no nació ni morirá: simplemente está. Persiste, como el aire que apenas percibimos hasta que escasea. Hay instantes en que el orden de las horas se afloja y una hondura invisible asoma: una respiración silenciosa que no pertenece a nadie y, sin embargo, sostiene, sin alarde, el vaivén de lo vivo.

El Centro Histórico de la ciudad de México, con sus fachadas que se deshojan y sus patios que guardan el eco de otros siglos, es un lugar donde la duración adquiere cuerpo. Allí la mañana huele a humedad que asciende desde las losas; al mediodía, las sombras encogen los portales; al atardecer, las cúpulas recogen la luz con un pudor antiguo. El paso del día no es un mecanismo impersonal, sino una coreografía repetida miles de veces que la ciudad interpreta a su modo. Algo la gobierna sin mostrarse: un pulso, una disciplina, un pacto que nadie firmó y que todos obedecen.

Se dirá que todo esto son supersticiones de barrio, pero los supersticiosos rara vez reparan relojes. Quien dedica su vida a ajustar mecanismos aprende un lenguaje que no cabe en las conversaciones comunes. Sabe que una décima de milímetro altera la obediencia de una rueda, que una sola gota de aceite puede alargar o abreviar un destino mecánico.

Siempre ha habido custodios de ese pulso. Elegidos con discreción por aquello mismo que necesitan custodiar. A veces reciben un instrumento: un péndulo que no mide segundos sino estabilidad; una piedra oscura que pesa menos de lo que aparenta; un reloj de bolsillo sin fabricante que late cuando nadie lo toca. Con esos objetos el tiempo no se deja medir: se deja entender. Quien los acepta entra en una disciplina sin nombre.

Esa antigüedad sin leyenda tiene pocas normas y una sola advertencia. Las normas son simples: nadie usa lo custodiado para sí mismo; nadie altera el compás por orgullo; nadie presume de haber enderezado el curso. La advertencia es más áspera: toda intervención proyecta una sombra que exige pago. A veces el precio es apenas un temblor en la memoria; otras, una grieta irreparable en la realidad. El custodio no discute con ello: asume.

Se ha dicho que esos instrumentos adoptan forma de objeto cotidiano, no por capricho sino por prudencia. El tiempo no pretende llamar la atención: busca manos que sepan escucharlo. Un reloj de leontina, con la discreción de los metales bien templados, es un disfraz razonable para resguardar algo más vasto que el lenguaje. No lleva marca conocida. Su peso engaña. Su brillo no proviene de la luz exterior, sino de una claridad interior que no hiere los ojos y, sin embargo, obliga a mirarlo de nuevo. Hay relojes de esa estirpe que no se abren ante cualquiera y sólo ceden si la piel del elegido toca un punto preciso. No es magia: es reconocimiento.

Quien crea que todo esto es folclor merece una precisión. La física contemporánea, con su gramática de partículas y probabilidades, ha concedido al mundo comportamientos que a los antiguos les habrían parecido místicos: presencias en dos lugares, acuerdos a distancia, decisiones que se toman al ser observadas. Los custodios, que no manejan ecuaciones, lo traducen a su manera: a veces el tiempo se multiplica, a veces se trenza, a veces se repliega para sobrevivir. Un solo instrumento basta para escuchar si la cuerda general se desafina. La intervención, si llega, será mínima, porque el mundo prefiere seguir como está. Se repara lo justo para que la música continúe.

El Centro Histórico es un buen teatro para esa música. Al amanecer, cuando los primeros locatarios alzan cortinas y barren con escobas deshilachadas, resucita un ritmo que todos reconocen sin nombrarlo. Los organilleros, con su obstinación melódica, miden el ánimo de la calle mejor que cualquier reloj municipal. Los campanarios, a veces ajenos y desfasados, recuerdan que existió un calendario anterior a la prisa. Y, entretanto, los talleres se abren como cofres viejos: carpinterías que huelen a resina, platerías donde la luz rebota con pudor, relojerías que preservan una dignidad manual ya rara. Quien entre a una de ellas sentirá la consistencia de la concentración ajena, el silencio tenso de la exactitud.

Se contarán, más adelante, hechos que parecen contradecir esta sobriedad: lluvia detenida a mitad del vuelo, sombras que se duplican, calles que repiten una esquina, bancos asaltados por manos sin huellas porque el mundo, en ese instante, no las registra. No serán prodigios ni alardes: serán consecuencias. Con una ingeniería de indicios muy especial, el custodio decide si se acerca o espera.

Esperar es su disciplina más ardua. No porque sea virtuosa, sino porque precipitar una decisión casi siempre es un error. Nada irrita más al tiempo que un aprendiz impaciente. Los custodios antiguos lo saben: hay daños que se reparan dejándolos continuar hasta agotarse, y otros que sólo se corrigen

si se tocan antes de nacer. La línea es tenue y no hay teoremas que la definan.

A veces el custodio trabaja a la vista de todos y nadie lo ve. Puede estar en un mostrador con una lupa en el ojo, ajustando un tornillo que no parece decisivo; caminar por una calle cargando una caja que sugiere trámites sin urgencia; sentarse a la mesa de un café anotando cifras sin dibujo. Sus gestos no atraen, su presencia no reclama atención. El mundo jamás lo invitaría a una entrevista. Sin embargo, el compás general se apoya en su discreción. De cara a los otros, su vida se confunde con lo anodino; de cara a la respiración común, es un diapasón.

Hubo custodios cuyo instrumento era una palabra, un llamado íntimo capaz de ajustar el compás. Otros necesitaron tocar metal, sentir en los dedos la trama del tiempo condensado en una pieza obediente. A estos últimos los visita, a intervalos caprichosos, un mensajero sin nombre. Llega con la apariencia más neutra: un viajero de otra época, un anticuario sin tienda, un desconocido con voz de escalera vacía. Trae una caja y una frase breve que no admite preguntas: no vende, entrega; no persuade, reconoce. Luego desaparece. Deja tras de sí la sensación de haber inaugurado una deuda sin remedio.

No hay gratitud posible hacia el tiempo. Quien intenta pagarle con devoción o sacrificio lo malinterpreta. El tiempo no cobra: reajusta. Es una palabra seca, pero justa. Y su justicia, ajena a cualquier catecismo, actúa con una precisión que desarma a los humanos. Si un custodio, por amor, decide sostener un instante para despedirse mejor de un muerto, quizá logre repetirlo con dulzura; quizá, en cambio, desencadene una serie infinita de repeticiones donde el dolor se multiplica. Esos desplazamientos menores duelen más que una catástrofe: miden lo irreparable.

Por eso se advierte al lector que no busque aquí una demostración. La historia que sigue no pretende convencer de la existencia de custodios ni de instrumentos capaces de contener una galaxia. Basta aceptar —como se acepta la lluvia cuando cae— que existen ritmos más anchos que nuestras agendas. Será útil admitir que la infancia no dura lo mismo para todos, que un minuto de miedo pesa más que un día de ocio, que una hora de espera puede contener una vida entera.

Antes de cruzar el umbral conviene mirar la ciudad por última vez desde fuera. Nadie repara en el pequeño local de una calle angosta. La puerta tiene una campanilla. El letrero de madera resiste el polvo y aún se lee el oficio. El interior no invita ni espanta: es el espacio mínimo para que un hombre se concentre. Ahí dentro, el aire tiene un tono, un olor y un espesor. Podría ser uno más entre tantos. No lo es. Pronto lo sabremos.

No habrá, en el inicio, proeza alguna. Nadie detendrá la lluvia con una palabra ni congelará a la ciudad en un gesto. Primero vendrá el reconocimiento: un objeto que encuentra su mano, un oficio que encuentra su deuda, una ciudad que presta su rumor. El tiempo, que no concede

discursos, pedirá lo de siempre: exactitud. Con exactitud se abrirá el instrumento; con exactitud se aprenderá a no usarlo; con exactitud, si es preciso, habrá que pagar lo que se rompa. El lector, advertido ya, puede cruzar.

La historia comienza así: con una respiración que coincide de pronto. Los relojes —los visibles y los invisibles— harán un gesto apenas perceptible, como si ajustaran su ánimo. En ese intervalo caben una vida y su destino. Lo demás, lo que importa, sucederá a la vista de todos y pasará inadvertido, como suceden las cosas que cambian el mundo mientras el mundo atiende otra cosa. Cuando el lector vuelva la página, habrá entrado en esa clase de cambios.

Y aunque todavía no lo sepa, reconocerá el sonido. No es una campana ni un grito. Es un tic. Un único tic que coincide con una mano que toca un metal por primera vez. Nadie lo celebrará. Bastará.

CAPÍTULO 1

CON EL TIEMPO NO SE NEGOCIA

En el corazón de la Ciudad de México, donde las calles respiran historias y las fachadas esconden los secretos de tres siglos, se encuentra la vieja calle de la Palma, un verdadero sendero donde el tiempo parece haberse detenido por voluntad propia. Allí, entre tiendas de plateros, orfebres y joyeros que sobreviven a la modernidad aplastante de nuestro tiempo, existe un pequeño taller de relojería con un letrero de madera ya ennegrecida que apenas deja leer el nombre del dueño: Rufino Agúndez, su Relojero de Confianza.

A cualquier transeúnte apurado que circula por allí, podría parecerle un negocio más de los muchos que agonizan en el centro histórico; sin embargo, quien decide detenerse para investigar qué cosas ofrece este establecimiento, descubre entre otras cosas, algo que no pertenece al ruido cotidiano de la ciudad. En el interior, en medio de un silencio habitado solo por el acompasado latido de los relojes, un hombre de mirada cansada y tonos grisáceos, se inclina sobre una mesa iluminada por la luz de una lámpara de luces amarillentas. Sus manos se mueven apenas lo necesario para que los engranajes de relojería recobren la exactitud perdida. Es Rufino Agúndez, un hombre que ha dedicado su vida a medir lo inconmensurable de la relatividad del tiempo.

No es fácil explicar el misterio de los relojeros. Ellos llegan a practicar una especie de religión secreta, una fe en el orden invisible que sostiene al universo en su temporalidad. Mientras otros buscan sentido en las palabras o en los dioses, ellos lo buscan en el tic-tac constante que divide el mundo entre antes y después. Rufino pertenece a esa estirpe de hombres que creen que todo puede arreglarse si se encuentra la pieza de relojería adecuada para incorporarla en el mecanismo que nos provee de la información acerca del tiempo en el que vivimos.

Rufino no ha tenido fortuna ni fama, pero conserva la dignidad de quien domina un arte olvidado. Vive solo, acompañado por el eco de los relojes que repara y por el retrato desteñido de una mujer que parece observar todos sus movimientos: Ángela, su esposa que murió hace años, y que Rufino extraña en su soledad. Desde entonces, su vida se reduce al sonido acompasado de las máquinas y al aroma del aceite con que engrasa los mecanismos, un ritual que repite con la devoción de un monje ante su altar.

A veces, cuando el cansancio lo vence, Rufino levanta la vista del banco de trabajo y recorre todo un desfile de relojes colgados en las paredes: algunos son de bolsillo, otros de péndulo, los hay de sobremesa, cada uno con su personalidad, su ritmo, su historia. Algunos marcan la hora exacta, otros se han detenido para siempre, como si se negaran a seguir el curso de los hombres. En esos momentos de recogimiento, el relojero siente que hay algo más allá del simple mecanismo: un orden secreto, una conciencia que late dentro de cada rueda dentada. Y en el fondo, aunque no se atreva a admitirlo, presiente que el tiempo no es un río que fluye, sino una corriente de energía viva que lo observa.

Esa intuición, tan antigua como la melancolía, fue lo que preparó a Rufino para el acontecimiento que estaba por suceder. Porque el destino, cuando decide manifestarse, no lo hace con estruendo sino con pequeños signos que solo el alma disciplinada aprende a reconocer. Aquella tarde, mientras una lluvia persistente golpeaba los cristales del taller, la campanilla de la puerta sonó con un timbre que no era igual al de siempre. Rufino levantó la vista, acostumbrado a clientes distraídos, pero lo que vio lo dejó sin palabras: un hombre alto, de rostro anguloso y ojos de un gris translúcido, se detuvo frente al mostrador sosteniendo un pequeño estuche de terciopelo. Su ropa, aunque limpia, parecía haber sido cortada en otro siglo. Había algo en él que recordaba a los retratos de los antiguos exploradores o de los sabios del Renacimiento. No era un cliente; era una presencia.

—¿Repara usted piezas antiguas? —preguntó el desconocido, con una voz tan grave que parecía resonar desde el fondo de una caverna.

Rufino asintió sin pronunciar palabra. El hombre abrió el estuche y dejó al descubierto un reloj de leontina. El metal, de un dorado imposible, emitía un resplandor suave que no provenía de la luz, sino de su propia materia. No había marca, ni grabado reconocible, salvo un símbolo diminuto en la tapa: un círculo con tres puntos dispuestos en forma de triángulo.

—Es una pieza muy antigua —dijo el visitante—. No pertenece a ninguna casa relojera conocida. Algunos dirían que no pertenece a este mundo.

Rufino examinó el objeto con fascinación. El metal no mostraba signos de desgaste, como si hubiera sido fabricado esa misma mañana. Intentó abrir la tapa, pero el reloj se negó a ceder. El hombre sonrió con una expresión ambigua.

—No se abre así —dijo—. Solo lo hará cuando reconozca a su poseedor.

—¿Y cuánto pide por él?— preguntó Rufino, sintiendo un impulso irracional, como si una fuerza exterior lo empujara a comprarlo.

—El precio son los 24 pesos con 40 centavos que tiene en la bolsa. No es el precio, es el destino lo que estamos negociando.

El relojero extrañado por la precisión del precio, dudó unos segundos, pero la curiosidad pudo más. Comprobó que en efecto en su bolsillo solo traía esa cantidad y pagó sin preguntar siquiera cómo supo ese dato. El visitante sonrió al recibir las monedas y guardó el dinero sin mirarlo y, antes de salir, pronunció una frase que Rufino recordaría el resto de su vida:

—No está comprando esta pieza, está entregándose a su destino...no lo arruine.

La puerta se cerró y el sonido de la lluvia volvió a llenar el taller. Rufino permaneció inmóvil, con el reloj en la mano, sintiendo que algo en el aire había cambiado. La luz parecía más densa, los relojes marcaban un ritmo diferente, y por un instante tuvo la impresión de que el mundo contenía la respiración.

Desde esa tarde, comenzó a vivir en dos dimensiones: la visible, donde todo sigue su curso, y otra, secreta, donde el tiempo no avanza sino que se repliega sobre sí mismo. El reloj, guardado en el cajón de su mesa, parecía emitir una vibración imperceptible, una frecuencia que solo su corazón podía percibir. Hubo noches en que despertó convencido de haber oído voces susurrando desde dentro del estuche, voces que pronunciaban su nombre con un tono que no era humano.

Rufino se acostumbró a convivir con el objeto sin atreverse a hacer el intento de abrirlo de nuevo. Pero el reloj seguía funcionando, marcando una hora que nunca se atrasaba ni se adelantaba, y que siempre coincidía con el tiempo universal coordinado, como si estuviera conectado a una red invisible. La precisión era tan absurda que lo inquietaba. Una noche, incapaz de resistir más, decidió hacer nuevamente el intento para abrirlo otra vez. Buscó herramientas, lupas, aceites. Nada funcionó. Hasta que, por accidente, su dedo medio izquierdo rozó un punto del borde, y la tapa se abrió sin resistencia. Lo que vio dentro lo dejó sin aliento.

No había engranajes, ni resortes, ni rubíes. Solo una imagen en movimiento: una especie de nebulosa azulada que giraba sobre sí misma, con millones de luces diminutas que parecían estrellas. Rufino pensó que era un reflejo, una ilusión óptica, pero el movimiento era real. El interior del reloj era un universo en miniatura, un cosmos que latía en silencio. En la tapa había una inscripción microscópica en latín que parecía flotar sobre la superficie: *Tempus non oritur.* Rufino no sabía que quería decir pero asombrado por el fenómeno que tenía en sus manos, solo atinó en ese momento a cerrar nuevamente el reloj y volverlo a guardar en su estuche de terciopelo.

A partir de ese instante, Rufino Agúndez dejó de ser un relojero y se convirtió, sin saberlo, en el custodio de un misterio que parecía no pertenecer a los hombres. En las noches siguientes, soñó con relojes que

giraban al revés, con ciudades detenidas en el aire, con una voz que le decía: *El tiempo no es tuyo...Tú eres el tiempo.* Empezó a dudar de su percepción, de su cordura, de su realidad. Había días en que el amanecer llegaba antes de que se durmiera, y otros en que el reloj de la pared marcaba la misma hora durante horas enteras. Comprendió que algo había sido alterado en su entorno, o quizá en él mismo.

Un día cualquiera Rufino Agúndez permaneció largo rato inmóvil frente al mostrador, sosteniendo el reloj entre los dedos como si temiera romper un pacto invisible. Afuera seguía lloviendo, pero la lluvia ya no sonaba igual. Había perdido su ritmo natural y caía ahora con una cadencia irregular, como si el tiempo mismo hubiese olvidado su compás. Las gotas golpeaban el cristal del escaparate en secuencias caprichosas, separadas por silencios demasiado largos o demasiado breves. Era, sin saberlo, la primera señal.

Intentó convencerse de que todo había sido un encuentro trivial, una rareza de su oficio. Sin embargo, el aire del taller parecía distinto, más denso, cargado de una electricidad tenue que hacía vibrar las agujas de los relojes como si un pulso común los animara. Encendió un cigarro, se quitó los anteojos y apoyó los codos en la mesa. El metal dorado del reloj reflejaba la luz amarillenta de la lámpara con un resplandor sereno, casi orgánico. No era una pieza cualquiera, eso estaba claro, pero no podía explicar por qué. Era como si el objeto lo reconociera, como si esperara algo de él.

— “No está comprando esta pieza—le había dicho el extraño—, está entregándose a su destino...no lo arruine”

Esa frase le martillaba la cabeza con una precisión que lo irritaba. ¿Qué significaba entregarse a su destino? y ¿por qué le advertía con arrogancia que no fuera a arruinarlo? Ninguna persona sensata creería en semejantes tonterías. El tiempo no era una criatura a la que se pudiera entregar el destino. Era un flujo constante, una sucesión de instantes medibles. Y, sin embargo, al mirar el reloj, Rufino sintió la absurda impresión de que el flujo no estaba afuera, sino dentro del objeto.

CAPÍTULO 2

El hombre del reloj

Durante los días siguientes trató de distraerse con encargos pendientes. Arregló un reloj de pared para una iglesia, limpió un viejo cronómetro náutico, sustituyó las manecillas de un reloj de pulsera que había pertenecido a un piloto y limpió un reloj de pulsera de la dama del negocio adjunto al suyo. Pero cada trabajo terminaba por regresarlo al mismo pensamiento: el reloj de leontina seguía ahí, guardado en el cajón, latiendo a un ritmo que ningún mecanismo podía sostener. Lo escuchaba de noche, incluso cuando creía haberlo encerrado en la caja fuerte. Era un sonido leve, persistente, casi biológico, como el latido de un corazón diminuto.

No se atrevía a abrirlo. Recordaba la resistencia de la tapa y el modo en que el visitante le había advertido que solo se abriría para su verdadero poseedor. Pero la curiosidad era más fuerte que la prudencia. Una tarde, incapaz de soportar la intriga, colocó el reloj sobre la mesa de trabajo, limpió cuidadosamente las herramientas y encendió la lámpara. La luz oblicua reveló un polvo dorado flotando en el aire. Rufino respiró hondo y buscó el punto exacto donde la tapa debía ceder. Intentó con el destornillador más fino, con la hoja de una navaja, incluso con un alfiler de acero. Nada. El reloj parecía sellado por una voluntad que no era humana. Esta pieza no tenía cabezal para darle cuerda, ni tenía señal alguna de algún dispositivo agregado que le permitiera poder abrirlo.

Apoyó la pieza en la mano y cerró los ojos. El silencio del taller era absoluto. Ni siquiera los relojes colgados en la pared marcaban el tiempo. Se dio cuenta de que todos se habían detenido al mismo instante, como si aguardaran una señal. Entonces, sin saber por qué, su dedo medio izquierdo rozó el borde superior del reloj, donde estaba la pequeña argolla que permitía enganchar la cadena de un material plateado luminiscente que le daba la clásica característica de Leontina. Hubo un clic apenas audible y la tapa se abrió suavemente, sin esfuerzo. Azorado se asomó al interior, y con asombro descubrió que dentro no había engranajes, ni resortes, ni rubíes ni mecanismo conocido alguno. En su lugar, un círculo de luz espiral en constante movimiento giraba sobre sí mismo. No era una ilusión óptica: parecía una galaxia en miniatura, con espirales luminosas que giraban alrededor de un centro invisible.

Rufino sintió una mezcla de temor y fascinación. La materia del reloj no parecía metal, sino una sustancia viva, tibia al tacto. Acercó el rostro para observar mejor. En el interior, entre las luces en rotación, flotaban diminutas partículas que seguían trayectorias caóticas, como si el tiempo mismo estuviera plegándose y desplegándose ante sus ojos. En el borde de la tapa, casi imperceptible, se leía una inscripción en latín con letras microscópicas que rezaba: *Tempus non oritur.* (El tiempo no nace).

Apagó la lámpara y retrocedió unos pasos. No podía apartar la vista del objeto. En la penumbra, el reloj seguía brillando con una luz propia, serena y palpitante. Pensó que quizá estaba soñando, que su obsesión lo había llevado demasiado lejos. Pero al volver a mirar el resto de los relojes del taller, notó que todos habían vuelto a moverse, aunque a destiempo, como si cada uno marcara una versión distinta del mismo minuto. El suyo, el de Rufino, estaba detenido.

Aquella noche no durmió. Soñó con relojes que giraban en direcciones opuestas, con avenidas que se plegaban sobre sí mismas y con una voz que le hablaba desde un lugar sin coordenadas. No recordaba las palabras, pero sí la sensación: una advertencia. Despertó empapado en sudor y con la certeza de que algo había cambiado para siempre.

A la mañana siguiente intentó volver a la normalidad. Atendió a los clientes con la cortesía habitual, revisó encargos, ajustó mecanismos. Sin embargo,

su atención estaba dividida. Cada vez que alguien abría la puerta del taller, esperaba ver entrar al hombre del estuche, aunque no sabía por qué ni para qué. Pero no hombre no apareció. Lo único que parecía alterado en su negocio, desde el día que tuvo en sus manos la pieza de relojería, era la luz: ahora la percibía más intensa, más definida, como si el sol brillara con una intención distinta. En la calle, los sonidos llegaban amortiguados, y el bullicio habitual del centro se percibía distante, casi como un eco. Rufino empezó a sospechar que el reloj no solo medía el tiempo, sino que influía en su percepción.

Una semana después, mientras revisaba un reloj de péndulo, sintió una vibración leve que recorrió el suelo. Al principio creyó que era un camión pasando por la calle. Pero el sonido se repitió, breve, concentrado. Provenía del cajón donde guardaba la leontina. Lo abrió. El reloj parecía encendido y despedía una luminosidad despampanante, si esa palabra pudiera aplicarse a un objeto inerte. Con mucho cuidado hizo la misma maniobra para abrirlo, y al hacerlo la luz interior era más viva, y las espirales se movían con una velocidad hipnótica. Rufino se inclinó y, sin saber por qué, pronunció en voz alta las palabras de la inscripción, aunque aún no sabía que significaban. Dijo en voz baja:

—*Tempus non oritur.*

En ese instante, todo se detuvo. La vibración del aire cesó. El humo de la veladora que tenía el retrato de su esposa quedó suspendido, inmóvil, como una pintura. Rufino miró a su alrededor: el péndulo del reloj que tenía enfrente había quedado a mitad del arco; el segundero del cronómetro se detuvo justo en el doce; incluso el polvo flotaba, inmóvil, en el rayo de luz que entraba por la ventana. No sentía miedo, solo una serenidad inmensa. Se movió despacio por el taller, tocó la madera del mostrador, el vidrio de los relojes, el metal de las herramientas. Todo estaba frío, sólido, detenido. El mundo había perdido su ritmo. Todo estaba inexplicablemente inmóvil.

Pasaron unos minutos, tal vez fueron horas, antes de que Rufino tuviera el deseo interno de que todo volviera a una realidad normal, ante el cual dicha realidad volvió a su tiempo y se reanudó. Cuando todo volvió a moverse, Rufino cayó de rodillas, exhausto. Tenía la sensación de haber sostenido el peso del universo en la palma de la mano. El reloj seguía en su sitio, pero su brillo había disminuido. Por primera vez comprendió que el poder del objeto no era metáfora ni ilusión: el tiempo parecía haberle obedecido.

A partir de ese día, su existencia se dividió en dos: la visible, donde seguía reparando relojes y saludando a los vecinos, y otra, secreta, donde cada sonido, cada sombra, cada segundo parecía tener un espesor distinto. No se lo contó a nadie. Ni siquiera a su amigo Benjamín, un viejo profesor de astrofísica en la universidad que vivía en el barrio y con quien solía discutir teorías extravagantes mientras tomaban café. Temía que las palabras rompieran el equilibrio que el reloj parecía exigirle. En su interior crecía una intuición silenciosa: el objeto no le pertenecía. Había sido entregado para algo que aún no comprendía.

No supo si sentirse privilegiado o condenado. Solo comprendió que, desde ese instante, cada tic de los relojes del taller sería también una pregunta sin respuesta.

Durante los días siguientes, Rufino Agúndez vivió en un estado de alerta que no habría sabido describir. Todo lo que le rodeaba parecía conservar su apariencia habitual, pero bajo esa capa de rutina vibraba una alteración casi imperceptible. Los relojes del taller seguían marcando las horas con su diligencia habitual, los transeúntes caminaban apresurados por la calle de la Palma como hormigas obedientes a un designio invisible, las campanas de San Francisco daban las medias con su puntualidad de siglos, y sin embargo algo en el aire se había desplazado, una frecuencia nueva que solo él percibía. El reloj de leontina, guardado en su cajón, era el centro de ese cambio, un corazón oculto que latía con la serenidad de quien no necesita permiso para existir.

Rufino intentó sumergirse en el trabajo como había hecho siempre que la realidad se volvía demasiado extraña. Desarmaba mecanismos con la paciencia de un cirujano, limpiaba engranajes con alcohol de grano, pulía rubíes hasta que reflejaban la luz como gotas de sangre cristalizada. Pero sus manos, que siempre habían encontrado sosiego en el oficio, ahora temblaban levemente al manipular las piezas más delicadas. No era nerviosismo: era una sensibilidad nueva, como si sus dedos hubieran aprendido a percibir vibraciones que antes le eran ajenas.

Una tarde, mientras cerraba el taller y bajaba la cortina metálica con el gesto rutinario de quien ha repetido ese movimiento miles de veces, una figura se detuvo al otro lado del cristal empañado. Era el mismo hombre que le había vendido el reloj. Llevaba la misma ropa—un traje oscuro de corte anticuado—, el mismo sombrero de fieltro que proyectaba una sombra sobre sus ojos, la misma expresión distante que parecía pertenecer a otro tiempo. Rufino sintió un escalofrío que no provenía del aire fresco de la tarde.

Abrió la puerta, pero el visitante no entró. Permaneció en el umbral como si una línea invisible le impidiera cruzar. Solo extendió la mano—una mano pálida, de dedos largos—y le entregó un sobre amarillento que olía vagamente a papel antiguo y a algo más que Rufino no supo identificar.

—Olvidé darle esto —dijo con voz apacible, casi indiferente—. Le pertenece.

Antes de que Rufino pudiera responder, el hombre se alejó entre la multitud vespertina con una rapidez que contradecía su andar pausado. Se perdió entre las sombras alargadas de la calle como si se disolviera en ellas. Rufino permaneció en la puerta unos segundos, el sobre entre las manos, observando el punto donde el extraño había desaparecido. El flujo de transeúntes continuaba imperturbable: nadie parecía haber notado nada fuera de lo común.

Cerró la puerta y echó el cerrojo. La ciudad rugía afuera con su sinfonía habitual de motores, voces y pasos, pero dentro del taller reinaba un silencio expectante. Se sentó en su banco de trabajo bajo la luz amarillenta de la

lámpara y abrió el sobre con cuidado, como quien manipula un explosivo dormido.

Dentro había varios documentos. El primero era un pliego de papel vitela grueso, ligeramente rugoso al tacto, con dibujos y fórmulas trazados en tinta azul oscuro. Parecían mapas estelares ejecutados con una precisión casi quirúrgica: constelaciones representadas mediante puntos conectados por líneas geométricas, ángulos anotados con números que incluían decimales imposibles de medir a simple vista. Reconoció vagamente la silueta de una constelación—¿Casiopea, quizá?—pero las proporciones no coincidían exactamente con ningún atlas celeste que hubiera visto.

El segundo documento era una cartulina más pequeña, casi un naipe, cubierta de ecuaciones. Algunas le resultaban familiares de sus lecturas juveniles sobre física—integrales, sumatorias, lo que podrían ser derivadas—, pero otras eran completamente ajenas: símbolos que no pertenecían a ningún alfabeto matemático conocido, notaciones que sugerían dimensiones más allá de las tres espaciales habituales.

En el margen inferior del pliego principal, escrita con una caligrafía elegante y anticuada, había una sola palabra en latín: *Custodia*. Guardia. Custodia. Y debajo, una firma ilegible que parecía más un signo cabalístico que un nombre.

No entendía nada, pero sintió la certeza—esa certeza que viene del estómago y no de la razón—de que el documento completaba el sentido del reloj. Eran dos mitades de un mismo enigma: el objeto y su manual, el instrumento y su partitura.

Guardó el sobre en un cajón distinto al del reloj, como si ambos debieran permanecer cerca, pero no juntos. Era una precaución instintiva, el mismo cuidado con que se mantienen separadas sustancias que, al mezclarse, podrían provocar una reacción impredecible. Aquella noche, mientras la ciudad dormía y solo quedaban encendidas las farolas de la calle como centinelas de luz, se sentó frente a su mesa y observó la leontina sin tocarla.

El reloj descansaba sobre un paño de terciopelo negro. Su superficie metálica capturaba los reflejos de la lámpara, pero había algo más: un brillo interior, tenue pero innegable, que palpitaba con un ritmo lento. La luz se había apaciguado desde aquella primera noche cuando lo abrió, pero seguía viva, latiendo al ritmo de su respiración. Rufino se dio cuenta de ello con un sobresalto: cuando inhalaba, el brillo se intensificaba levemente; cuando exhalaba, se atenuaba. Como si el reloj respirara con él.

Fue entonces cuando comprendió que su vida ya no le pertenecía por completo. El tiempo—esa criatura sin rostro que había creído conocer, que había medido y reparado durante décadas—lo había elegido. No sabía para qué, ni por qué, pero la sensación de haber sido seleccionado era tan clara como el peso del reloj en su mano.

El sobre que el hombre le había entregado yacía sobre la mesa desde aquella tarde, acumulando polvo de metal y limaduras. Rufino se había

limitado a mirarlo una y otra vez, incapaz de decidir si debía investigar qué significaba o simplemente quemarlo y olvidar todo el asunto. Cada vez que pasaba junto a él, sentía un tirón en el pecho, una combinación de miedo y curiosidad que le recordaba a la infancia, cuando su padre le mostraba el interior de los relojes más complejos y él temía romper algo irreparable con sus manos torpes.

Sabía que su contenido no era inofensivo. Aquellas fórmulas y dibujos eran el reverso lógico del misterio: un intento, quizá, de traducir lo inefable en líneas y símbolos, de domesticar lo incomprensible mediante el lenguaje de la razón. Pero hay cosas que no deben traducirse, pensaba. Hay secretos que pierden su poder cuando se les pone nombre.

Finalmente, una madrugada de esas en que el insomnio se vuelve una forma de lucidez forzada, cedió. Encendió la lámpara del banco de trabajo—esa lámpara de brazo articulado que había sido su compañera durante treinta años—, se sirvió una taza de café frío de la cafetera olvidada sobre el hornillo, y desplegó el papel con una mezcla de temor y fascinación.

La luz directa de la lámpara reveló detalles que había pasado por alto en su primera inspección apresurada. En el centro del pliego había una figura estelar trazada con precisión casi quirúrgica, cada punto marcado con un círculo perfecto, cada línea ejecutada con tiralíneas y mano firme. Reconoció, por intuición más que por conocimiento—Rufino nunca había sido astrónomo, solo un lector voraz de revistas científicas—, la silueta de una constelación.

A su alrededor, como satélites orbitando un sol invisible, había ecuaciones, ángulos expresados en grados y fracciones de segundo de arco, signos que no pertenecían al alfabeto humano o al menos no a ninguno que él conociera. En el margen inferior, un conjunto de fórmulas que parecían calcular la distancia entre dos puntos, pero no en el espacio tridimensional ordinario. Había referencias a una cuarta coordenada, marcada con la letra griega tau (τ), que aparecía una y otra vez en las ecuaciones como una constante o una variable fundamental.

Lo observó durante horas, hasta que sus ojos se fatigaron y las cifras comenzaron a bailar ante su vista. No entendía nada—su matemática no iba más allá de las proporciones de engranajes y el cálculo de frecuencias de péndulos—, pero una certeza lo habitaba con la fuerza de una revelación: aquello no era un mapa del cielo que conocemos, sino un plano del tiempo. No señalaba dónde están las estrellas, sino cuándo son visibles desde perspectivas que la humanidad no había alcanzado todavía.

CAPÍTULO 3

La galaxia interior

Cuando amaneció—un amanecer gris y húmedo, de esos que en la ciudad anuncian lluvia sin cumplir la promesa—, decidió visitar a Benjamín, el

astrofísico. No lo hacía desde hacía meses, quizá porque su amistad estaba hecha de silencios incómodos y discusiones inútiles sobre el origen del universo, conversaciones que siempre terminaban en un empate filosófico donde ninguno convencía al otro pero ambos disfrutaban del combate intelectual.

Benjamín era un hombre de ciencia rigurosa, formado en Alemania, con publicaciones en revistas internacionales y una reputación sólida entre sus pares. Pero en el fondo—y esto solo Rufino lo sabía—compartía con el relojero la sospecha de que el tiempo no es solo una medida, un parámetro abstracto en las ecuaciones, sino algo más tangible, más vivo. Habían tenido conversaciones nocturnas, regadas con whisky barato, donde Benjamín confesaba sus dudas heréticas: "¿Y si el tiempo es una sustancia?", preguntaba. "¿Y si fluye no porque así lo dicta la física, sino porque respira?"

Rufino envolvió los documentos en papel de seda, los guardó en su portafolio de cuero gastado, y salió a la calle. No mencionaría el reloj. Eso era demasiado, incluso para Benjamín.

El laboratorio de Benjamín ocupaba el último piso de un edificio antiguo en la calle de Brasil, en pleno centro histórico. El ascensor nunca funcionaba—llevaba años averiado—, así que Rufino subió los cuatro pisos por una escalera de mármol desgastado que olía a humedad y a tiempo acumulado. Cada peldaño crujía bajo sus pies como si protestara por el peso de los años.

El laboratorio era un caos organizado según una lógica que solo su dueño comprendía: mesas metálicas cubiertas de instrumentos de observación, telescopios desmontados cuyas piezas esperaban pacientes su turno de reparación, pilas de libros encuadernados en cuero que se tambaleaban peligrosamente, tazas de café a medio beber que formaban anillos marrones sobre documentos importantes. Las ventanas daban al norte, hacia la bahía, y la luz que entraba era fría y directa, perfecta para la observación astronómica pero terrible para el ánimo.

El científico, vestido con una bata gris manchada de tinta y lo que parecía ser salsa de tomate, lo recibió con una sonrisa sincera que iluminó su rostro cansado.

—Vaya sorpresa, Rufino. Pensé que te habías retirado del mundo para vivir entre engranajes.

—Casi —respondió el relojero, dejando el portafolio sobre la única superficie despejada que encontró—. Necesito que veas esto.

Desplegó el papel sobre una mesa metálica que Benjamín despejó a manotazos, enviando papeles y plumas al suelo sin ningún cuidado. El astrofísico se inclinó sobre el documento, ajustó sus lentes de montura dorada—unos lentes gruesos que magnificaban sus ojos hasta darle aspecto de búho sorprendido—y estudió la hoja con una atención creciente que Rufino conocía bien: era la concentración del científico cuando algo verdaderamente interesante captura su mente.

Durante varios minutos no dijo nada. Solo se escuchaba el tictac de un reloj de pared—ironías de la vida, pensó Rufino—y el rumor lejano del tráfico en la calle. Benjamín pasó un dedo por las líneas, murmurando números para sí mismo, trazando ángulos imaginarios en el aire. Sacó una lupa de uno de los cajones y examinó los símbolos más pequeños. Luego se enderezó, se quitó los lentes, los limpió con un pañuelo dudosamente limpio, y volvió a ponérselos para mirar de nuevo.

Finalmente, con voz baja que contenía una mezcla de admiración y alarma, murmuró:

—Esto no tiene sentido... o tiene demasiado. ¿Dónde lo conseguiste?

Rufino dudó. No quería mentir a su amigo, pero tampoco estaba listo para revelar toda la verdad.

—Me lo entregaron con un reloj que adquirí recientemente —dijo, eligiendo las palabras con cuidado—. Pero prefiero no hablar de eso en este momento. Solo quiero que me des tu opinión sobre qué quiere decir todo esto.

Benjamín asintió, sin insistir. Conocía a Rufino lo suficiente para saber que presionar sería inútil. Señaló una de las fórmulas con la uña de su dedo índice.

—Esto es extraordinario —dijo, y había en su voz una reverencia que Rufino rara vez le había escuchado—. Mira, estas no son simples coordenadas celestes. Son... ¿cómo explicártelo? Son una serie de posiciones, pero no del espacio físico. Si las interpreto correctamente—y admito que estoy especulando bastante aquí—, son puntos de una frecuencia temporal, algo así como posiciones en el tiempo mismo. Como si pudieras señalar no dónde está una estrella, sino cuándo es observable desde diferentes... perspectivas temporales.

Rufino sintió que el suelo se movía levemente bajo sus pies.

—¿Perspectivas temporales?

—Imagina —continuó Benjamín, animándose a medida que hablaba, como siempre hacía cuando una idea lo poseía— que el tiempo no es una línea recta que va del pasado al futuro, sino más bien como... como las capas de una cebolla. Puedes estar en la misma posición espacial pero en diferentes capas temporales. Estas ecuaciones parecen calcular esas capas. Y aquí—dijo tocando el margen donde aparecían los símbolos más extraños—hay referencias claras a la constelación de Casiopea. Pero estas cifras... no corresponden a ninguna medición astronómica conocida. Son... proyecciones. Extrapolaciones hacia configuraciones del espacio-tiempo que no deberían ser calculables con nuestra física actual.

—¿Proyecciones de qué?

Benjamín se volvió hacia él, y en sus ojos había algo que Rufino no había visto antes: una mezcla de excitación científica y miedo genuino.

—De un sistema que no debería existir. —Hizo una pausa, como si sopesara cuánto debía revelar—. Mira, Rufino, estas ecuaciones sugieren que el

tiempo puede curvarse sobre sí mismo. No como en la teoría de la relatividad de Einstein, que ya es bastante extraña, sino de forma más... íntima. Más biológica, si se me permite el término. Aquí hay un intento de representar un tiempo que respira, que se expande y contrae como un pulmón. Un tiempo que tiene metabolismo.

Esa palabra resonó en la mente de Rufino como una campana: *respira*. Pensó en el reloj, en la sensación tibia de su superficie cuando lo sostenía, en la pulsación interior que lo había inquietado desde el primer día. En cómo su propio aliento parecía sincronizarse con el brillo del mecanismo. No se atrevió a mencionarlo, pero sintió que las piezas encajaban con la precisión de un buen reloj.

—¿Podría alguien haber escrito esto? —preguntó, aunque sabía que la pregunta era absurda—. Quiero decir, ¿existe alguien con este nivel de conocimiento?

Benjamín se encogió de hombros, un gesto que parecía cargar el peso del universo.

—Alguien, o algo —dijo, y no sonaba a broma—. No hay escritura humana tan precisa, tan... definitiva. Estas ecuaciones no tienen dudas, ¿entiendes? No hay correcciones, no hay aproximaciones. Quien lo haya hecho conoce la estructura íntima del tiempo con una certeza que ningún físico vivo posee. Si esto es auténtico—y todo en mí como científico me dice que debería ser imposible, pero aquí está—, entonces no estás ante un mapa, sino ante un instrumento. Una herramienta para navegar algo que no debería ser navegable.

Se hizo un silencio pesado. Afuera, la ciudad continuaba su rutina ignorante: bocinas, voces, el pregón de un vendedor ambulante. Dentro del laboratorio, dos hombres contemplaban un pedazo de papel que sugería que todo lo que sabían sobre la realidad estaba, en el mejor de los casos, incompleto.

—Guárdalo bien —dijo finalmente Benjamín, enrollando el papel y devolviéndoselo con cuidado, como quien devuelve una reliquia sagrada—. Y ten cuidado, Rufino. Si esto es lo que creo que es... hay cosas que no estamos preparados para conocer.

Esa noche, al cerrar la puerta del taller—ya tarde, cuando la calle de la Palma estaba casi desierta—, algo lo impulsó a abrir el cajón donde guardaba el reloj. No fue una decisión consciente, sino un impulso, como cuando la mano busca una herida para comprobar si todavía duele.

El reloj lo esperaba. Descansaba sobre su lecho de terciopelo negro como un ser vivo dormido. Lo tomó entre las manos con el cuidado con que se sostiene un pájaro herido, lo giró bajo la luz amarillenta de la lámpara. La leontina pesaba más de lo que recordaba, como si hubiera ganado densidad durante las horas de ausencia.

Con un movimiento que ya se le hacía familiar, presionó el mecanismo de apertura. La tapa cedió con un clic suave. En su interior, la galaxia seguía

girando con una lentitud hipnótica que desafiaba las leyes de la física: no había motor visible, no había fuente de energía aparente, y sin embargo allí estaba, rotando con la inevitabilidad de los astros reales.

Las luces, ahora más definidas que la primera vez—como si el mecanismo se hubiera ajustado a la observación, o como si sus propios ojos hubieran aprendido a verlas mejor—, parecían formar un patrón. Rufino entrecerró los ojos, acercó el reloj a la luz, y entonces lo vio con una claridad que le robó el aliento:

Las espirales luminosas, las constelaciones miniatura que danzaban en el interior del reloj, eran idénticas al dibujo del mapa estelar que Benjamín había estudiado esa misma tarde.

Comprendió, con un estremecimiento que le recorrió la columna vertebral como una descarga eléctrica, que lo que el papel representaba no era el cielo nocturno, ni siquiera una abstracción matemática del tiempo. Era el interior del reloj. Un mapa de su propio universo contenido.

El descubrimiento lo dejó sin aliento. Tuvo que sentarse en su banco de trabajo porque las piernas le flaquearon. Si eso era cierto—y ya no podía negarlo—, el objeto que sostenía en sus manos no contenía un mecanismo de relojería, por complejo que fuera. Contenía un cosmos. Una miniatura imposible donde el tiempo se manifestaba como sustancia viva, donde las leyes físicas obedecían a lógicas que Einstein apenas había intuido.

En ese instante, mientras observaba las espirales girar, Rufino sintió una presencia. No era una voz ni una figura, ni siquiera algo que pudiera definirse con palabras del lenguaje humano. Era una comprensión repentina, una certeza que se instaló en su mente como un pensamiento que no era suyo: el objeto sabía que estaba siendo observado. Y más aún: reconocía a su observador.

El pulso luminoso se intensificó. Las espirales se movieron más rápido, como si respondieran a su presencia, a su atención. Rufino se apartó instintivamente, temiendo que algo se liberara, que alguna fuerza contenida encontrara salida a través de sus ojos. Pero el reloj permaneció quieto en sus manos. Solo la luz cambió, volviéndose más cálida, casi acogedora.

En el silencio del taller solo se oía su respiración acelerada y, muy lejos, el silbato de un tren. Se obligó a cerrar la tapa con manos que temblaban levemente, y guardó el reloj en su cajón. No quería mirar más, no esa noche. Había límites que no debían cruzarse sin preparación, umbrales que requerían respeto.

Sin embargo, el brillo persistió. Lo vio a través de la madera del cajón, un resplandor tenue pero innegable que se filtraba por las rendijas, como si la materia ordinaria no pudiera contenerlo del todo. Era la luz de algo que pertenecía a otro orden de realidad, aprisionada temporalmente en un receptáculo de madera y metal.

Pasó el resto de la madrugada despierto, sentado en la penumbra del taller, escuchando los ruidos de la ciudad que nunca duerme del todo. A ratos le parecía que el reloj marcaba el compás de esos sonidos: el chirrido metálico de un tranvía lejano que cruzaba la avenida, el ladrido de un perro callejero que reclamaba su territorio, el golpe seco de una puerta de vecindad que alguien cerraba al volver de una jornada nocturna.

Todo seguía un mismo ritmo, un pulso unificado que parecía nacer del cajón donde reposaba el reloj. O quizá—y esta idea lo perturbó aún más—el reloj no creaba el ritmo, sino que lo revelaba. Como si siempre hubiera estado allí, esa sincronización invisible de todos los eventos, y solo ahora él podía percibirla.

Cuando amaneció—otro amanecer gris, idéntico al anterior, como si la ciudad hubiera decidido quedarse suspendida en un otoño eterno—, comprendió con una certeza que no admitía dudas que el reloj no solo medía el tiempo. Lo organizaba. Era un director de orquesta cuya batuta invisible mantenía a cada instrumento—cada vida, cada evento—en su lugar apropiado en la sinfonía.

Los días siguientes transcurrieron en un estado de expectación casi insoportable. Rufino notó que los relojes que reparaba se comportaban de modo extraño. Mecanismos que había ajustado con su precisión habitual comenzaban a fallar sin motivo aparente: algunos adelantaban tres o cuatro minutos en cuestión de horas, otros atrasaban, y había incluso uno—un reloj de torre que había funcionado perfectamente durante décadas—que se detenía cada día exactamente a las tres de la tarde, sin importar cuántas veces lo reparara.

Al principio atribuyó esos fallos a su cansancio, a las noches de insomnio que comenzaban a pasar factura. Quizá sus manos, normalmente tan seguras, estaban cometiendo errores minúsculos que se magnificaban en el comportamiento de los mecanismos. Pero pronto entendió que no era él quien se equivocaba. El tiempo se estaba deformando a su alrededor, como si su mera proximidad al reloj de leontina alterara el flujo temporal en un radio de varios metros.

Una tarde, mientras limpiaba un reloj de bolsillo antiguo con un pincel de pelo de camello mojado en alcohol, un cliente habitual entró al taller. Era don Sebastián, un abogado del barrio, un hombre meticuloso y puntual que siempre llegaba a las cuatro en punto de la tarde a recoger su reloj de pulsera que Rufino le reparaba mensualmente—un Longines con escape de áncora que se desajustaba con una regularidad sospechosa.

Pero esa vez, según el reloj del mostrador—un viejo reloj de péndulo que llevaba funcionando sin falta desde que su padre abrió el taller—, eran las tres y media. Don Sebastián había llegado treinta minutos antes de su hora habitual.

—Buenas tardes, don Sebastián —dijo Rufino, ocultando su desconcierto—. Discúlpeme, todavía no termino con su reloj. Pensé que llegaría a las cuatro, como siempre.

El abogado lo miró con extrañeza.

—Son las cuatro y cinco, Rufino. Hasta llego un poco tarde. Tuve una audiencia que se extendió más de lo previsto.

Rufino miró el reloj de la pared, el que usaba como referencia oficial del taller: marcaba las cuatro y cinco con precisión. El del mostrador, sin embargo, seguía marcando las tres y media. Treinta y cinco minutos de diferencia entre dos relojes que habían estado sincronizados esa misma mañana.

—Tiene razón, discúlpeme —se disculpó, entregándole el reloj ya reparado—. Debo haber mirado el reloj equivocado.

Cuando el cliente se marchó, Rufino examinó ambos relojes. Ninguno había fallado antes. El de pared funcionaba con un péndulo compensado por temperatura, el del mostrador tenía un escape de áncora suizo de la mejor calidad. Ambos habían sido revisados y ajustados por él mismo apenas unos días atrás. No había razón mecánica para el desajuste.

Entendió entonces que el problema no era de los relojes, sino del entorno. El tiempo mismo se había bifurcado momentáneamente en su taller, creando dos flujos paralelos que solo se habían reconciliado cuando él no estaba mirando. O quizá—y esta idea lo heló—cuando el reloj de leontina había decidido permitir que se reconciliaran.

El mundo parecía desplazarse, sutilmente, fuera de su eje. Había días en que la luz del atardecer se prolongaba más de lo normal, tiñendo las calles de un dorado imposible que no correspondía a la hora marcada en los relojes. Y había otros en que la noche caía de golpe, como si alguien hubiese cerrado una cortina invisible sobre la ciudad, sumiendo todo en penumbra cuando apenas eran las cinco de la tarde.

Rufino no hablaba de ello con nadie—¿quién le creería?—, pero lo anotaba en un cuaderno de tapas de cuero que guardaba bajo llave. Registraba las variaciones con la disciplina del científico que no se permite el asombro ni el juicio prematuro: fecha, hora según sus relojes de referencia, duración de la anomalía, condiciones atmosféricas, posición exacta del sol si era visible.

Cada anomalía tenía su hora, su temperatura, su duración. Pero el patrón, por más que lo buscara entre las columnas de números y observaciones, era inaprensible: no respondía a ciclos astronómicos conocidos, ni a fases lunares, ni a causas físicas que él pudiera identificar. Era como si el tiempo hubiera empezado a respirar de manera distinta, siguiendo un ritmo biológico que no correspondía al universo mecánico que la ciencia había descrito, sino a algo más antiguo, más fundamental.

Y en el centro de todo, guardado en su cajón de terciopelo negro, el reloj de leontina continuaba su vigilia silenciosa, latiendo con un pulso que Rufino

sentía ahora incluso cuando no lo tocaba, incluso cuando estaba en el otro extremo del taller.

CAPÍTULO 4

El certificado de autenticidad

El tiempo lo había elegido. Y Rufino Agúndez, relojero de oficio y custodio por accidente, comenzaba a comprender que su vida, tal como la había conocido, había terminado. Lo que vendría después aún estaba por escribirse en las esferas giratorias de ese cosmos imposible que cabía en la palma de su mano.

Una noche, al revisar las notas que había hecho en relación con lo que llamó: "certificado de autenticidad" —aquellos documentos que le entregara el extraño individuo junto con el reloj—, comprendió que todas las alteraciones que había experimentado cuando abrió por primera vez el dispositivo coincidían con los momentos en que él había tocado el reloj. Lo supo con un estremecimiento lúcido: concluyó entonces que cada vez que lo abriera, el tiempo alrededor se reajustaría. No podía seguir fingiendo ignorancia. Si aquel objeto era un instrumento, entonces él, sin desearlo, era su operador.

Decidió hacer una prueba controlada. Preparó el taller como si fuera un laboratorio. Cerró las cortinas para bloquear la luz de la calle, apagó todos los relojes salvo uno —el de péndulo que había pertenecido a su padre—, y colocó el reloj de leontina sobre la mesa de trabajo, exactamente en el centro, sobre el paño de terciopelo negro. Lo observó en silencio durante varios minutos, respirando despacio, preparándose mentalmente para lo que fuera a ocurrir.

Luego, muy suavemente, con el cuidado con que se manipula nitroglicerina, lo abrió. La luz interior emergió como un respiro contenido durante siglos. Rufino pronunció de nuevo las palabras grabadas en el reverso de los documentos: *Tempus non oritur*.

Esta vez, el mundo no se detuvo por completo. La lámpara titiló, parpadeando entre la existencia y la no-existencia. Los objetos sobre la mesa —pinzas, lupas, destornilladores— se movieron con lentitud viscosa, como si el aire se hubiera convertido en miel. Y el aire mismo adquirió una densidad líquida que podía sentirse contra la piel, una presión suave pero innegable.

Rufino alzó la mano y vio, con una mezcla de asombro y terror, cómo sus dedos dejaban una estela luminosa al moverse, como si pintaran sobre el tejido mismo del espacio. No había miedo —o al menos, el miedo había sido reemplazado por algo más grande—, solo una sensación de pertenencia, de estar finalmente en el lugar correcto del universo.

Durante un instante que pudo haber durado un segundo o una eternidad, comprendió la estructura del universo con una claridad insoportable, una claridad que ninguna mente humana debería soportar: el tiempo no era una

línea ni un círculo, sino una red infinita de cuerdas que vibraban en múltiples dimensiones, expandiéndose y contrayéndose con cada decisión que pensaba… ni siquiera decía… solo con pensarla. Cada pensamiento alteraba la tensión de una cuerda, cada intención modificaba la frecuencia de una vibración.

Luego, como una ola que se retira, todo volvió a su ritmo normal.

El reloj se apagó. Rufino cayó sobre la silla, exhausto, con el corazón golpeándole las costillas. Afuera, la ciudad respiraba con normalidad, ajena a lo que acababa de ocurrir en ese pequeño taller de la calle de la Palma. Pero algo había cambiado. Lo sintió en la piel, en los huesos, en el aire mismo. El reloj había reconocido a su portador. Y con ese reconocimiento, la historia acababa de comenzar de verdad.

Al día siguiente, Rufino Agúndez amaneció con la certeza de que aquella jornada no pertenecería del todo al mundo de los objetos reparables. Había en el aire de su taller un espesor nuevo, una densidad de silencio que no era exactamente mutismo, sino expectativa. El reloj de leontina, guardado en el cajón del banco de trabajo, imponía su presencia sin ruido; no latía ni brillaba visiblemente, pero todo lo que lo rodeaba parecía acomodarse a su órbita, como si una gravedad pequeñísima, persistente, lo atrajera todo hacia sí.

Rufino evitó mirarlo durante las primeras horas de la mañana. Puso agua al fuego, ordenó las pinzas por tamaño, destapó las cajitas de rubíes de pulido, y dejó que el oficio —esa forma de rezar con las manos— le reclamara la atención. Trabajó en un reloj de bolsillo que un cliente había dejado la semana anterior, desmontando el escape con la paciencia de siempre, pero sus manos temblaban levemente y tuvo que detenerse varias veces.

El timbre sonó poco después de las diez de la mañana. No era la brusquedad metálica de los clientes con prisa, ni el empuje torpe de los curiosos: fue un toque medido, dos pulsos iguales, silencio, otros dos pulsos. Rufino, que conocía el carácter de los hombres por su modo de tocar una puerta, sintió un pliegue en el estómago.

Cuando levantó la vista, Benjamín ya estaba cruzando el umbral. El astrofísico tenía una expresión que Rufino nunca le había visto: urgencia mezclada con excitación científica, el rostro de un hombre que ha descubierto algo que no puede guardar para sí mismo. Traía bajo el brazo un libro grueso de tapas duras y, en la otra mano, una carpeta abultada con papeles.

—Rufino —dijo sin preámbulo, sin los saludos habituales—. Necesito hablar contigo sobre esos documentos que me mostraste.

Benjamín parecía más viejo que cuando se habían visto hacía apenas unos días. Lo único que había cambiado era la placidez de su sombra, más delgada, más oscura, como si el sol que la proyectaba no perteneciera a esa hora. No había dormido bien, eso era evidente por las ojeras y por la forma en que sus manos temblaban levemente al depositar el libro sobre el mostrador.

—¿Qué pasa, Benjamín? —preguntó Rufino, cerrando la puerta y dando vuelta al cartel de "Cerrado". Algo le decía que esta conversación no debía ser interrumpida.

—No he podido dejar de pensar en esos mapas —dijo el científico, abriendo el libro con movimientos nerviosos—. Pasé tres días en la biblioteca del observatorio, revisando catálogos estelares, bases de datos, archivos históricos. Y encontré algo. Mira esto.

El libro que había traído tenía en la portada una imagen espectral: la nebulosa roja y filamentosa de Casiopea A, con sus estructuras en forma de red brillando en falso color contra el terciopelo negro del espacio. Era una fotografía del telescopio espacial Chandra, tomada en rayos X.

—¿Recuerdas que te dije que las referencias en tus documentos apuntaban a Casiopea? —continuó Benjamín, pasando páginas con rapidez—. Pues no es simplemente la constelación. Es específicamente Casiopea A, el remanente de una supernova que explotó hace aproximadamente 340 años según nuestros cálculos, aunque su luz llegó a la Tierra apenas en el siglo XVII. Está a unos 11,000 años luz de distancia, dentro de nuestra propia Vía Láctea.

Rufino se inclinó sobre el libro. La imagen mostraba una estructura compleja, casi orgánica, de filamentos rojos y azules que se entrelazaban formando patrones que le resultaron inquietantemente familiares.

—¿Y qué tiene eso que ver con los documentos? —preguntó, aunque una parte de él ya intuía la respuesta.

Benjamín abrió la carpeta y extrajo fotocopias ampliadas de los mapas estelares que Rufino le había mostrado. Las colocó junto a la imagen de Casiopea A.

—Mira las proporciones, los ángulos entre los puntos principales —dijo, señalando con un lápiz—. Aquí, estos tres puntos forman un triángulo con ángulos de 37, 64 y 79 grados. Y aquí, en la estructura de Casiopea A, si tomas estos tres nodos de emisión de rayos X.... exactamente los mismos ángulos. No es aproximado, Rufino. Es exacto hasta el segundo de arco.

Rufino sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—Pero eso podría ser coincidencia...

—Una, tal vez. Dos, improbable. —Benjamín sacó más papeles—. Encontré diecisiete correspondencias exactas. Diecisiete. La probabilidad estadística de que eso sea casualidad es astronómicamente baja, nunca mejor dicho. Quien hizo esos mapas no solo conocía la estructura de Casiopea A, sino que la usó como... como plantilla. Como código de referencia.

El científico se quitó los lentes y se frotó los ojos, exhausto.

—Pero hay algo más, algo que me ha quitado el sueño estos últimos días. Casiopea A no es un remanente cualquiera. Cuando una estrella explota en supernova, crea una perturbación masiva en el espacio tiempo local. Einstein predijo esto: la masa y la energía curvan el espacio y el tiempo. Pero una explosión de esta magnitud... Rufino, estamos hablando de una estrella que

tenía probablemente 20 veces la masa de nuestro Sol, colapsando en milisegundos y liberando más energía de la que nuestro Sol producirá en toda su vida.

—¿Y eso qué significa? —Rufino apenas podía mantener la voz firme.

—Significa que Casiopea A creó ondas gravitacionales, distorsiones en el tejido del espacio tiempo que todavía hoy se propagan por el universo. Pero más importante: en el momento de la explosión, en el epicentro, las leyes de la física que conocemos se vuelven... flexibles. El tiempo mismo se fragmenta, se multiplica en posibilidades.

Benjamín abrió una de las fotocopias y señaló las ecuaciones que aparecían en los márgenes.

—Cuando te dije que estas fórmulas representaban "posiciones en el tiempo", me quedé corto. Después de investigar más, creo que representan algo mucho más complejo: coordenadas para navegar las fracturas temporales creadas por eventos cataclísmicos como supernovas. Es como si... —hizo una pausa, buscando las palabras— como si usaran la explosión de Casiopea A como un faro, pero no un faro en el espacio, sino en el tiempo. Un ancla temporal.

Sacó otro documento de su carpeta, este lleno de sus propias anotaciones a mano.

—Mira estas ecuaciones del margen inferior. Las transcribí y las analicé. Esta aquí, $\psi(x,t)$, es claramente una función de onda cuántica que depende tanto del espacio como del tiempo. Y esta, $\phi = \int \psi(t) \cdot dt$, es una integral que suma —o superpone— estados cuánticos a través del tiempo. Esto no es física teórica convencional, Rufino. Esto es... es como si alguien hubiera resuelto el problema de la decoherencia cuántica a escala macroscópica.

Rufino no entendía la mitad de lo que Benjamín decía, pero el tono del científico —esa mezcla de reverencia y terror— lo decía todo.

—¿Qué estás tratando de decirme, Benjamín?

El astrofísico lo miró directamente a los ojos.

—Estoy tratando de decirte que estos documentos no son simplemente mapas del espacio tiempo, como te dije la otra vez. Son instrucciones. Un manual de navegación para moverse a través de estructuras temporales usando eventos cósmicos como Casiopea A como puntos de referencia. Quien escribió esto no solo entiende el tiempo, Rufino. Puede manipularlo. Puede viajar a través de él.

Se hizo un silencio tan denso que parecía sólido. Afuera, la ciudad continuaba su rutina: un camión de reparto descargando cajas, niños gritando en una escuela cercana, el pregón de un vendedor ambulante. Sonidos de un mundo que seguía obedeciendo las leyes normales de la física.

—Hay algo más —dijo Benjamín en voz baja—. Algo que me ha estado molestando desde que vi tus documentos por primera vez. La caligrafía, la

tinta, el papel... todo sugiere que estos mapas tienen al menos un siglo de antigüedad, quizá más. Pero las ecuaciones, Rufino... algunas de estas formulaciones no fueron desarrolladas hasta mediados del siglo XX. La mecánica cuántica relativista, la teoría de campos... esto no existía hace cien años.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Que quien escribió esto o venía del futuro, o tenía acceso a conocimientos que la humanidad aún no había desarrollado. O ambas cosas.

Rufino sintió que necesitaba sentarse. Se apoyó contra el banco de trabajo, sintiendo el borde de madera presionando contra sus muslos, anclándolo a la realidad.

—¿Por qué viniste a decirme todo esto? —preguntó finalmente—. Pudiste haberte quedado con tu investigación, publicarla, convertirte en famoso.

Benjamín soltó una risa sin humor.

—¿Famoso? Me llamarían loco. Estos documentos desafían todo lo que sabemos. Y además... —vaciló— hay algo más. Anoche, mientras trabajaba en mis cálculos, tuve una sensación extraña. Como si... como si algo me empujara a venir aquí. No puedo explicarlo racionalmente, pero sentí que necesitabas saber esto ahora. Como si hubiera una urgencia.

Rufino pensó en el experimento de la noche anterior, en cómo el tiempo se había detenido a su alrededor. Pensó en el reloj guardado en el cajón, a menos de tres metros de donde estaban conversando.

—El reloj —dijo finalmente—. El que te mencioné. Está aquí.

Benjamín lo miró largamente.

—Lo sé. Puedo sentirlo. No sé cómo, pero puedo. Es como si el aire fuera más denso cerca de tu banco de trabajo. —Hizo una pausa—. ¿Es parte de todo esto, verdad? No es solo un reloj.

—No —admitió Rufino—. No lo es.

El científico asintió lentamente, como si hubiera esperado esa respuesta.

—No quiero verlo —dijo con firmeza—. Hay cosas que, una vez vistas, no pueden olvidarse. Ya llevo suficiente de esto en mi cabeza como para dormir bien por el resto de mi vida. Pero necesito que sepas algo, Rufino, y escúchame bien: Casiopea A no solo es un punto de referencia. Es una advertencia.

—¿Una advertencia?

—Las supernovas son eventos destructivos. Cuando una estrella explota, arrasa con todo en años luz a la redonda. Si estos mapas usan Casiopea A como ancla temporal, significa que quien los creó está jugando con fuerzas cósmicas destructivas. El tiempo no es un río tranquilo, amigo mío. Es un océano con corrientes, remolinos, mareas. Y algunos de esos remolinos pueden ahogarte.

Benjamín comenzó a recoger sus papeles, pero dejó el libro sobre Casiopea A en el mostrador.

—Quédate con esto. Tal vez te ayude a entender con qué estás tratando. Y Rufino... —se detuvo en la puerta— ten mucho cuidado. No uses ese reloj a menos que no tengas otra opción. Y si lo usas, recuerda que cada acción en el tiempo tiene consecuencias. Ondas que se propagan, como las de Casiopea A, pero en dimensiones que no podemos ver.

—¿Cómo sabes todo eso?

Benjamín sonrió tristemente.

—No lo sé. Solo lo intuyo. A veces, la física nos permite entrever verdades que no podemos demostrar. Esta es una de esas veces.

El científico salió a la calle. La campanilla de la puerta sonó con su tintín habitual, pero a Rufino le pareció que resonó un segundo más de lo normal, como si el sonido se hubiera estirado en el tiempo.

CAPÍTULO 5

El tiempo detenido

Se quedó solo con el libro, los mapas ampliados y un peso en el pecho. Abrió el libro por una página marcada y leyó sobre Casiopea A: su descubrimiento, su edad estimada, las ondas de choque que aún se expandían desde su centro. Había diagramas de su estructura interna, fotografías en diferentes longitudes de onda, cálculos sobre la estrella que había sido antes de explotar.

Y entonces vio algo que le heló la sangre.

En una de las imágenes ampliadas del núcleo de Casiopea A, en el centro mismo del remanente, había una estructura que los astrofísicos llamaban "el motor central": un objeto compacto, probablemente una estrella de neutrones o un agujero negro joven, que era el cadáver colapsado de la estrella original.

La forma de ese núcleo, la distribución de la energía a su alrededor, el patrón de los campos magnéticos...

Era idéntica a la galaxia en miniatura que giraba dentro del reloj de leontina.

Rufino cerró el libro con manos temblorosas. Ya no quedaban dudas. El reloj no era una representación simbólica del tiempo. Era, de alguna manera imposible, una réplica funcional del corazón de una supernova. Un fragmento de evento cósmico aprisionado en metal y cristal.

Guardó el libro y los documentos en el cajón junto al sobre original. Antes de cerrarlo, volvió a mirar los papeles. Descubrió entonces una anotación que había pasado por alto en su primera revisión: en el reverso del mapa estelar principal, con tinta muy pálida casi invisible, había una frase en latín: *Tempus non oritur, sed custoditur*.

El tiempo no nace, sino que se custodia.

No era solo un aforismo filosófico. Era una instrucción. Un recordatorio de que el tiempo no debía ser creado o alterado libremente, sino protegido, guardado, custodiado como se custodia un tesoro peligroso.

No abrió el reloj ese día. Pasó la tarde con tareas comunes: cambiar un eje roto en un reloj de cocina, pulir la caja de plata de un reloj de bolsillo, engrasar el péndulo de un regulador de pared. Sin embargo, cada operación parecía implicar otra cosa ahora que conocía la verdad. Ajustar un muelle era participar en el orden cósmico; alinear una aguja era mantener la sincronía con fuerzas más grandes que él.

La ciudad respiraba con su pulmón habitual, pero Rufino percibía, detrás de los sonidos cotidianos, una respiración más grande: el pulso del universo mismo, marcando su tiempo en escalas que abarcaban desde el latido de su corazón hasta la vida y muerte de las estrellas.

Al anochecer, cuando cerró la cortina metálica, la calle quedó en penumbra. Los pasos de los transeúntes, las voces de vecinos despidiéndose, el organillo lejano que tocaba un vals antiguo: todo obedecía a un compás razonable. Dentro, los relojes del taller ofrecían su coro de tics con una modestia de oratorio doméstico.

Rufino sacó el sobre y lo volvió a leer a la luz de la lámpara. Pasó la mano por la palabra *Custodia*. No quería que la promesa implícita se volviera juramento; los juramentos, lo sabía, deterioran más que sostienen. Pero entendía ahora que no había elección. El reloj le había sido entregado con un propósito. Los documentos eran tanto un manual como un contrato.

Guardó todo en el lugar menos obvio —no en la caja fuerte donde cualquier ladrón buscaría, no en el primer cajón donde podría encontrarse por accidente— y apagó la lámpara.

Entonces ocurrió algo que sólo él advirtió. No fue un prodigio, sino una interrupción minúscula. El péndulo del reloj principal —el que había pertenecido a su padre— completó su arco y, en el punto medio de su recorrido, dudó un aliento. No llegó a detenerse; solo prolongó su paso una fracción de segundo, como si alguien hubiera alargado momentáneamente la distancia que debía recorrer.

En esa mínima pausa, Rufino escuchó una intención. No era anuncio ni amenaza. Era un reconocimiento. El reloj de leontina, guardado en su cajón, había notado su decisión de custodiar el secreto.

Abrió la ventana para que entrara el aire fresco de la noche. La ciudad seguía allí, con su jaculatoria de motores y pasos, ajena a los misterios que se desarrollaban en un pequeño taller de relojería. Acarició el borde de la leontina sin sacarla del bolsillo donde la había guardado. No era miedo lo que sentía, tampoco euforia. Era algo que el lenguaje del oficio nombraba sin palabras: la víspera. El momento antes de que algo importante comience.

Cerró la ventana, comprobó cerrojos y echó llave a la puerta, no para excluir al mundo sino para pedirle, con modales, que no lo interrumpiera en lo que vendría.

Durmió poco. Entre sueño y vigilia, oyó pasos que no eran de nadie, voces que no provenían de ninguna boca, la campanilla de la puerta que no se movía pero que sonaba en su mente. Despertó varias veces sobresaltado, con la certeza de que alguien lo observaba, solo para encontrar el taller vacío y silencioso.

Cuando despertó definitivamente, con la primera luz gris del amanecer filtrándose por las cortinas, tenía la convicción de que no había soñado. Aquellos sonidos habían sido reales en algún nivel que trascendía lo físico: ecos de otros tiempos, otras versiones de su taller en otras líneas temporales, filtrándose a través de las grietas que el reloj había abierto.

La madrugada, decantada y fría, le trajo la única decisión que podía tomar: antes de abrir el reloj otra vez, debía comprender plenamente el sentido de su certificado. No un papel que legitima una compra, sino un documento que encarga una guardia. No un título de propiedad, sino una carta de servicio. Él no era dueño del reloj: era su custodio.

Al clarear completamente, se sentó en su banco de trabajo y anotó en su cuaderno personal: *La autenticidad no prueba origen: prueba destino*. Las palabras fluyeron de su pluma como si alguien más las dictara. Dejó la pluma, escuchó el taller despertar con los primeros ruidos de la ciudad. Los tics de los relojes tenían hoy una claridad nueva, como si cada uno llevara una firma microscópica, una identidad única que antes no había podido percibir.

Tal vez siempre había sido así y él, sin esos papeles, sin ese encuentro con Benjamín, sin la revelación de Casiopea A, no habría sabido escucharlos. Tal vez el mapa estelar no le enseñaba el cielo, sino su propio oído interior, su capacidad de percibir el tiempo como algo más que una medida abstracta.

Cuando abrió el taller al público, el primer cliente del día fue un joven con un reloj de pulsera atrasado, un estudiante de Ingeniería que se disculpó por no poder pagar mucho. Rufino lo desarmó con la música de siempre, esa danza de manos que había perfeccionado durante décadas. Mientras ajustaba el regulador con movimientos precisos, pensó en Benjamín, en las palabras "ancla temporal", en la imagen de Casiopea A con su corazón colapsado brillando en falso color.

Entregó el reloj ajustado y, por un juego secreto, una intuición repentina, preguntó la hora al joven antes de que este mirara su muñeca.

—¿Qué hora crees que es?

El joven lo miró extrañado, pero respondió sin mirar su reloj recién reparado ni el reloj de pared del taller:

—Las diez y cuarto, más o menos. Eso me recuerda que tengo que acompañar a mi novia al sepelio de su maestro de Física que apenas ayer atropellaron muy cerca de aquí. Y ya estoy atrasado.

Rufino miró el reloj de pared: diez y dieciséis minutos. El joven había acertado con una precisión imposible para alguien que no llevaba ningún cronómetro visible. De pronto resonó en su cerebro que le acababan de decir que un maestro de Física fue atropellado el día anterior cerca de su negocio y que este muchacho iría con su novia al sepelio. Eso le causó un temblor involuntario y le dijo al joven al tiempo que le entregaba su reloj:

—Exacto. Por cierto…¿sabe cómo se llamaba ese maestro de Física que atropellaron y que entiendo que murió?

—Se llamaba Benjamín…pero no sé su apellido ¿Por qué?

Rufino se estremeció al darse cuenta que su amigo había sido atropellado probablemente el día anterior cuando salió de su negocio para irse a su casa. Sintió un escalofrío intenso pero no le causó extrañeza aunque no supo por qué.

—Por nada… creo que lo conocía.

Cuando el estudiante se marchó, Rufino supo que algo había cambiado. El tiempo a su alrededor se estaba volviendo más transparente, más legible. Como si la mera presencia del reloj de leontina en su taller estuviera educando a las personas, volviéndolas más sensibles al flujo temporal.

No tocó la leontina en toda la mañana. Se impuso esa disciplina con la misma severidad con que un monje decide no mirar una puerta prohibida. Trabajó en relojes comunes, atendió a clientes habituales, mantuvo la apariencia de normalidad. Pero todo su ser estaba consciente del reloj en el cajón, de su presencia gravitacional silenciosa.

Al mediodía, mientras barría el polvo diminuto del metal —esas limaduras microscópicas que se acumulan en el suelo de todo taller de relojería—, supo con absoluta certeza que el hombre del sobre volvería. No tenía pruebas; la exactitud, a veces, no las necesita. Era el mismo tipo de conocimiento que le permitía saber cuándo un resorte estaba a punto de romperse, o cuándo un engranaje necesitaba aceite: conocimiento que provenía del cuerpo, no de la mente.

Cuando sonó el timbre —dos pulsos iguales, silencio, otros dos pulsos—, Rufino ya estaba de pie, esperando.

El visitante entró sin apresuramiento. Era el mismo hombre que le había vendido el reloj, el mismo que le había entregado los documentos: mismo traje oscuro, mismo sombrero, misma expresión de alguien que existe ligeramente fuera de fase con el resto del mundo. No traía nada en las manos esta vez. Se detuvo frente al mostrador y lo miró con un interés sin juicio, como un maestro observa a un estudiante que finalmente ha comprendido una lección difícil.

—¿Leyó el certificado? —preguntó con esa voz apacible que parecía provenir de muy lejos.

—Lo leí —dijo Rufino—. Y hablé con alguien que me ayudó a entenderlo. No dice lo que suele decir un certificado.

El hombre asintió con una serenidad que no humillaba ni condescendía.

—No certifica lo que fue —dijo, y sus palabras tenían el peso de una verdad antigua—. Certifica lo que será.

—Y lo que debe —añadió Rufino, como quien ajusta la última tuerca de una maquinaria compleja, la pieza que mantiene todo en su lugar.

El visitante sonrió por primera vez, una sonrisa leve pero genuina que transformó brevemente su rostro.

—Comprende usted. Eso es bueno. No todos lo hacen al principio. Algunos nunca lo hacen.

—¿Hay otros? —preguntó Rufino—. ¿Otros relojes, otros custodios?

Pero el hombre no respondió a eso. En cambio, dijo —o Rufino creyó oír que dijo, porque las palabras parecieron formarse directamente en su mente más que en sus oídos—:

—Custódielo bien. El tiempo que contiene no es suyo, pero la responsabilidad sí lo es. Use su juicio. Confíe en su oficio. Y recuerde siempre: el tiempo no nace de la nada, ni puede ser destruido. Solo puede ser... redistribuido.

Luego se volvió hacia la puerta con un movimiento fluido y salió a la calle. La campanilla tardó un latido más de lo usual en anunciar su partida, o tal vez fue que el tiempo dentro del taller se había ralentizado momentáneamente.

Rufino se quedó solo, con el sobre, el mapa, las ecuaciones, el libro de Benjamín y una lealtad nueva que no provenía del miedo ni del asombro, sino del respeto. Era el respeto que un artesano siente por sus herramientas, amplificado mil veces. El respeto que se tiene por fuerzas que no se comprenden completamente pero que se reconocen como fundamentales.

Esa tarde, por primera vez desde que recibiera el reloj, tuvo la sensación de que el objeto no era una tentación ni un trofeo, sino una vigilancia. No vigilaba a Rufino; más bien, Rufino vigilaba el reloj, asegurándose de que su poder permaneciera contenido, usado solo cuando fuera absolutamente necesario.

No podía explicarlo con palabras, pero no necesitaba hacerlo. Bastaba con oír el péndulo avanzar, con medir el arco sin demorarlo, con aceptar que el oficio, llevado más allá de su límite convencional, se convierte en una forma de obediencia a leyes más grandes.

Cuando cerró el taller, más tarde de lo habitual —la luz del atardecer ya se había desvanecido completamente—, se permitió una última mirada al interior de la leontina. Abrió la tapa sin pronunciar las palabras latinas, solo para observar.

La galaxia en miniatura respiraba en calma. Las espirales giraban con su ritmo hipnótico, cada punto de luz marcando no una estrella sino un momento, una posibilidad, una bifurcación en el árbol infinito del tiempo. No había voces ni presagios esta vez. Había solo un pulso, firme y constante, como el latido de un corazón inmortal.

Lo aceptó con una inclinación mínima de cabeza, el gesto que se reserva a los superiores que no necesitan presentarse ni demostrar su autoridad. Luego cerró la tapa con cuidado, guardó el reloj en su lugar y apagó la lámpara.

Afuera, la ciudad hacía lo que sabe hacer mejor: sobrevivir a sus misterios con dignidad, continuar existiendo a pesar de no comprender las fuerzas que la sostienen. Los transeúntes caminaban ajenos al hecho de que, en un pequeño taller de la calle de la Palma, un hombre había aceptado la custodia de algo que podría alterar el curso mismo de la realidad.

Dentro, un reloj custodiaba el secreto del tiempo —o más precisamente, el secreto de que el tiempo podía ser custodiado—. Y un hombre que arreglaba relojes, que había dedicado su vida a medir minutos y segundos con precisión microscópica, aceptaba al fin el honor y la carga de su autenticidad.

No la autenticidad del reloj, que había sido certificada por documentos imposibles y confirmada por la ciencia.

Sino su propia autenticidad: la de un custodio elegido por fuerzas que no comprendía, pero a las que serviría con la misma diligencia con que había servido a su oficio durante toda su vida.

Rufino Agúndez apagó las luces, cerró con llave, y caminó hacia su casa a través de calles que parecían las mismas de siempre pero que ahora sabía contenían profundidades insospechadas.

El tiempo, había aprendido, no era solo lo que marcaban sus relojes.

Era algo vivo. Algo que respiraba.

Y él había sido elegido para escuchar esa respiración.

Días después mientras la tarde caía sobre la calle de la Palma con una densidad que parecía inventada. El aire estaba inmóvil, como si cada partícula hubiera decidido suspender su movimiento por respeto a algo invisible. Rufino Agúndez trabajaba sobre una pieza diminuta, un reloj de bolsillo inglés de 1893, con una tapa de plata grabada con un escudo. Era un trabajo menor, rutinario, pero esa rutina era lo que lo mantenía cuerdo desde la visita del hombre del sobre. Cada engranaje que volvía a su sitio era una forma de ordenar el mundo. Pero el verdadero reloj, el que lo inquietaba, seguía guardado en el cajón de la derecha, como una presencia que respiraba bajo llave.

Había pasado días evitando tocarlo. Sin embargo, lo sentía allí, ejerciendo una gravedad silenciosa. Cuando el taller estaba en calma y sólo se oían los tics dispersos de los relojes, Rufino percibía que uno de ellos —justo ese—

marcaba un ritmo distinto. No sonaba, pero influía. Lo rodeaba. Era un silencio vivo.

Esa noche, mientras apagaba las lámparas y recogía las herramientas, notó que la luz de la calle era más lenta. El farol frente al taller parpadeaba con pereza, como si el aire se espesara entre destello y destello. Le vino a la mente una frase que había escrito en su cuaderno: *El tiempo no nace.* No supo por qué pensó en eso justo entonces. Subió las escaleras, intentó dormir. No pudo. El pensamiento del reloj lo seguía como un eco dentro del pecho.

CAPÍTULO 6

Las leyes del reloj

A medianoche encendió la lámpara de aceite y bajó al taller. El reloj estaba donde debía, pero el aire era distinto. Una vibración apenas perceptible recorría la madera del banco. Tomó la llave, abrió el cajón y lo sacó. Lo sostuvo entre las manos con una mezcla de respeto y miedo. Era ligero, pero su peso moral era inmenso. Giró la tapa. El mecanismo interior, esa galaxia viva, giraba con lentitud hipnótica. Un resplandor tenue iluminó su rostro. No era una luz metálica, sino orgánica, como el reflejo de una estrella bajo el agua. Rufino sintió que el aire del taller se comprimía.

Durante un instante, pensó que debía detenerse, cerrar la tapa, guardarlo. Pero algo —una voz interior, un instinto o una curiosidad que ya no era humana— le impidió hacerlo. Se inclinó sobre la mesa y observó el interior. Las espirales luminosas giraban y, con cada vuelta, el resplandor se expandía. Los relojes del taller comenzaron a callar, uno tras otro, como si el sonido se extinguiera en oleadas. Primero el de péndulo, luego el de pared, luego los pequeños de cuerda. En segundos, sólo quedó un silencio absoluto.

Rufino levantó la vista. Todo estaba quieto. La llama de la lámpara se había detenido a medio parpadeo, una gota de aceite permanecía suspendida en el borde del pico. Miró hacia la ventana: la calle era una fotografía. Las sombras no se movían. Ni el aire. Ni la ciudad. Había detenido el tiempo.

El corazón le latía con fuerza, pero no sentía miedo; era una mezcla de reverencia y vértigo. Caminó despacio por el taller. Cada paso sonaba como un golpe hueco en un vacío sin eco. El aire era denso, tangible. Estiró la mano para tocar una herramienta en el banco: el contacto levantó una onda lentísima, como si el espacio mismo respondiera. Todo parecía flotar dentro de una sustancia invisible.

Abrió la puerta que daba a la calle. Afuera, un gato permanecía en el aire, a medio salto entre dos cubetas de basura. El humo que salía de una coladera estaba inmóvil, como una escultura translúcida. La luna, apenas visible, era un círculo perfecto, sin pulso. Rufino comprendió que el mundo no había desaparecido: simplemente había sido puesto en pausa.

Regresó al taller y se miró en el espejo. Su reflejo lo observaba, pero con un retraso minúsculo, como si el espejo necesitara recordar el gesto antes de repetirlo. Rufino sonrió sin saber por qué. En el fondo de su mente, la voz del astrofísico Benjamín resonaba: *No mide dónde están las cosas, sino cuándo son.* Comprendió, con un estremecimiento, que el reloj no era un instrumento, sino una frontera. No mostraba el tiempo: lo sostenía. El tiempo no corría; lo contemplaba.

Entonces sintió algo nuevo. No provenía del reloj, sino del aire. Una corriente leve, casi un suspiro, que parecía contener voces. No eran palabras, sino un murmullo profundo, semejante al rumor de una corriente subterránea. Las sombras se movieron apenas, y por un momento creyó ver figuras en los reflejos del vidrio: fragmentos de su vida. Su madre inclinada sobre una cuna. Su padre reparando un reloj antiguo. El rostro de una mujer que no recordaba haber amado. Cada imagen aparecía y desaparecía, como si el tiempo, al detenerse, liberara sus propios recuerdos.

Sintió la tentación de usarlo. ¿Y si podía modificar un instante? ¿Y si con un gesto podía reescribir un error? Pero apenas formuló la idea, el reloj respondió. La luz del interior se agitó violentamente, las espirales comenzaron a girar en sentido contrario. Rufino sintió un golpe en el pecho, un calor repentino, una advertencia. No era su poder. Era una cesión temporal, una concesión vigilada.

Trató de cerrar la tapa, pero el metal estaba caliente, vivo. La superficie parecía rechazar su contacto. Un instante después, la tapa cedió sola, como si el reloj hubiera tomado la decisión. El brillo se apagó y el silencio se rompió con un golpe leve: el péndulo volvió a moverse. Luego un tic, otro, y después el coro entero. El tiempo regresaba a su cauce.

Rufino cayó de rodillas. Respiró hondo, como si emergiera de un agua invisible. Los relojes seguían marcando la hora, pero algo había cambiado: el sonido del tic-tac era más profundo, más exacto. Como si hubieran aprendido algo durante su detención. Rufino también lo había hecho. Había comprendido que el tiempo no era una línea ni una medida: era una conciencia.

Se quedó allí, con el reloj cerrado en la mano, temblando. La luz del farol volvió a parpadear, los sonidos de la calle reaparecieron, una carroza pasó y dejó su eco. El mundo seguía igual, pero no lo era. Guardó la leontina en el cajón, cerró con llave y se quedó un momento contemplando la madera, consciente de que la llave era una ilusión: lo que había visto no podía encerrarse.

Subió las escaleras, encendió la lámpara del dormitorio y abrió su cuaderno. Escribió con letra temblorosa: *He detenido el mundo, y el mundo me ha mirado de vuelta.* Cerró el cuaderno, apagó la luz y se recostó. El sueño no llegó. Cada vez que cerraba los ojos veía la espiral luminosa girando sin sonido. Era bella y terrible, como la imagen de una verdad que nadie debería conocer.

Al amanecer, bajó otra vez al taller. Los relojes seguían funcionando con normalidad. La calle bullía con su ruido habitual: el pregón de los vendedores, el organillero, el chirrido de las bicicletas. Todo parecía haber vuelto a su ritmo. Pero Rufino ya no era el mismo. Cada sonido le recordaba la ausencia que había sentido durante la detención. Cada tic era un recordatorio de lo que había visto: el corazón detenido del mundo, latiendo dentro de un reloj que no pertenecía a los hombres.

Mientras abría la cortina metálica, una idea lo cruzó con la claridad de una sentencia: el tiempo no se detiene para ser dominado, sino para mostrarnos lo que somos cuando él no nos sostiene. Se quedó quieto, con las manos sobre la manivela, dejando que esa verdad lo atravesara. El ruido del mundo volvió a tomar forma. Rufino respiró hondo y, antes de atender al primer cliente del día, miró hacia el cajón donde dormía el reloj. No lo tocaría. No todavía. Había aprendido algo que ningún relojero debería saber: el tiempo, cuando se inmoviliza, nos mide a nosotros.

Rufino Agúndez tuvo entonces la certeza áspera de quien ha cruzado un umbral sin retorno. La experiencia de la noche anterior —la suspensión del mundo como si todo estuviera sumergido en vidrio líquido— no se le presentaba como un milagro, sino como una responsabilidad. El reloj de leontina dormía en el cajón, pero su presencia alteraba la respiración del taller. Había decidido una cosa: si aquel artefacto no era una herramienta, sino un límite, debía descubrir los contornos de ese límite. No por curiosidad, sino para no equivocarse.

Abrió su cuaderno grande, el de tapas negras, y escribió en la primera línea: *Protocolo de observación. Propósito: describir las leyes del reloj sin violentarlas.* Debajo, trazó columnas: Observación, Condición, Efecto, Reparación. No iba a experimentarlo todo; iba a escucharlo. Había aprendido, casi a golpes, que con ese reloj las preguntas correctas no se formulan en voz alta.

La primera ley emergió de la cautela más elemental. Abrió la leontina apenas un pulso, lo suficiente para que la luz interior respirara, y pronunció en su interior —no con la lengua, sino con el pensamiento— una solicitud breve: *Pausa*. El mundo, dentro del taller, obedeció con mansedumbre. El péndulo quedó detenido en su punto más bajo, como si hubiera olvidado la vuelta. Rufino, sin tocar nada, midió sólo la sensación: no zumbido, sí espesor del aire; no oscuridad, sí claridad extendida. Clausuró la tapa. Los relojes reanudaron su marcha y él anotó: 1. Ley de la Suspensión (o del Respeto): la pausa responde al tono del custodio, no a su capricho. Cuanto más humilde la solicitud, más dócil la respuesta.

Se impuso descansos largos entre cada ensayo. Preparó tres estaciones: el banco de trabajo con una lupa; la ventana abierta a la calle de la Palma; la mesa del fondo, donde descansaba una planta de hojas gruesas. Intercaló café con silencio. Cuando el mundo marchaba, tomaba nota del compás ordinario: el organillero a las 9:17, la señora del sombrero que pasaba a las

9:22, el pregón del panadero a las 9:31. Quería distinguir lo natural de lo inducido.

La segunda ley apareció sola, como una corrección. Al suspender el tiempo por segunda vez —apenas el taller: no se atrevía con la calle— reparó en que los relojes vecinos, en los edificios contiguos, parecieron atrasarse al reanudar: no por minutos, por una sombra de segundo. Ese rezago mínimo bastó para que su propio reloj de pared comenzara a desafinar. En cuanto abrió la leontina y, con el recuerdo de la luz aún vivo, susurró *Respira*, el error se corrigió en cadena y consignó: 2. Ley de la Resonancia (o de la Reparación): toda suspensión exige compensación. No existe acto sin ajuste.

Se detuvo largo rato antes de atreverse con la calle. No iba a mover cuerpos ni evitar accidentes. Sólo observar. Con la leontina apenas abierta, pidió una pausa breve y asomó la cabeza. Las hojas del árbol de la acera estaban detenidas en abanico. Una gota que ya caía quedó esculpida en el aire. Volvió a cerrar y el mundo retomó su ritmo con un suspiro pequeño, como si alguien hubiera retirado una campana de cristal. El equilibrio había aceptado la pausa. Entonces escribió: 3. Ley del Ámbito: el efecto obedece al perímetro que el custodio habita. No todo se detiene: sólo lo que respira bajo su cuidado.

Quiso no entusiasmarse. Hizo lo contrario de lo que habría hecho un hombre ambicioso: buscó límites antes que potencias. Probó a abrir la leontina en el zaguán del edificio contiguo. La pausa respondió, pero pobre, como si el cuerpo del taller —sus relojes, su mesa, su péndulo— fuese parte del instrumento. Notó, al cerrar, una fatiga en la muñeca y un sabor a hierro en la lengua que lo hizo escribir con una mueca: 4. Ley del Costo: cada uso legítimo demanda un precio físico en el custodio. El cuerpo paga lo que el mundo ahorra.

Regresó al banco y se permitió un sorbo largo de café. La ciudad, al otro lado de la ventana, seguía siendo ciudad: bocinas, pasos, risas, el pregón de siempre. Pensó en la frase del certificado: *Custodia*. La palabra no implicaba propiedad, sino encargo. Colocó la leontina sobre un paño, sin abrirla, y miró el reflejo opaco del metal. Le habló como se habla a un animal al que se quiere y se teme: *No te voy a forzar. Dime dónde no debo entrar.* La respuesta no fue palabra, fue un reparo. Intentó entonces una suspensión a contraluz, con la ventana abierta y la calle en sus ojos. No funcionó. La luz del interior del reloj se contrajo y apagó. Entendió el mensaje al anotar: 5. Ley del Consentimiento: no todo deseo dispara pausa; el reloj niega los actos que nacen de la curiosidad sin propósito.

Sólo después de un descanso largo, volvió a abrir. Detuvo el tiempo y acercó la lupa a una de las hojas de la planta en la maceta. No vio nada prodigioso, salvo lo prodigioso de lo natural: una hormiga detenida con una miga de pan entre las mandíbulas; una mota de polvo inmovilizada en un remolino de luz. Pero sintió algo raro: el olor de la tierra se hizo más intenso, más húmedo, como si en la pausa la vida insinuara su vigor. Cerró y el olor volvió a su tibieza común. Entonces supo cuál era la Ley 6 de la Intensidad: Lo vivo

concentra su ser durante la suspensión. La pausa no mata; condensa. Ese día se sintió cansado y decidió dejar para el día siguiente la continuación de sus investigaciones.

CAPÍTULO 7

El consejo estelar

Cuando el alba del día siguiente lo sorprendió con el sueño colgado de sus párpados como gota de agua en una cornisa, solo recordaba que debía continuar sus pesquisas. Desayunó ligero y después de meditarlo con calma como debía continuar, espero a media mañana para abrir la leontina por un segundo, los tics se suspendieron, luego la cerró. Los tics volvieron y supo entonces que la suspensión no es anulación de energía, sino reconfiguración del marco. Algo así como un cambio de base en una matriz del tiempo porque a veces no es el reloj el que cambia; somos nosotros. Recordó a su amigo Benjamín, quien tal vez lo habría dicho de esa manera.

Rufino regresó a su cuaderno. Había otra ley, quizá la más peligrosa. Había notado que, cuando la suspensión se prolongaba un poco más —no mucho, apenas lo suficiente para que el cuerpo empezara a sentir una punzada detrás de los ojos—, al cerrar la tapa algunos relojes del taller regresaban con un adelanto o un atraso mínimo, como si hubieran negociado con la detención su propio acomodo. Él podía corregirlos, pero el mundo no. Entonces anotó: 7. Ley de la Deriva Permitida: la pausa admite micro ajustes que se redistribuyen fuera de la vista del custodio. El mundo compensa por sí mismo.

Por la tarde, probó una hipótesis más: la relación entre intención y alcance. Intentó suspender sólo un objeto —una moneda que hizo girar sobre el vidrio — sin que el resto del taller obedeciera. No pudo. Lo contrario, en cambio, sí: logró dejar su propia mano en movimiento mientras el taller quedaba en pausa. El esfuerzo fue brutal: al cerrar, le dolía la cabeza, pero puedo consignar: 8. Ley de Asimetría: el custodio puede moverse en la pausa porque el precio lo paga él. Nadie más debe cargar esa factura.

Rufino pensó: ¿Hasta dónde era legítimo usar el reloj en favor de otro? ¿Dónde terminaba la piedad y empezaba la soberbia? La respuesta se presentó como una sentencia limpia: *No te corresponde decidir destinos; sólo abrir márgenes.* Escribió: 9. Ley del Margen: el reloj permite pausas para crear espacio de comprensión, no para reescribir la vida.

La tentación ética pedía su contrafirma. Decidió probar una pausa en presencia de un dolor leve, suyo, para entender si el reloj respondía al sufrimiento como criterio. Pinchó su dedo con una aguja —un gesto torpe, casi infantil— y, con la gota de sangre aún en la piel, abrió la leontina. La punzada no se detuvo; se volvió conciencia pura, intensificada. Al cerrar, el dolor disminuyó, no por magia, sino porque había sido observado. Entonces puso con sobresalto: 10. Ley del Testigo: la suspensión amplifica la conciencia de lo que ya es; no borra, revela.

Había otra frontera que necesitaba probar: la palabra. Hasta entonces, la pausa obedecía a su pensamiento humilde, no a órdenes. Pronunció en voz alta *Detente*, con el reloj cerrado. Nada ocurrió. Abrió y, sin decir nada, dejó que su intención fuera una hospitalidad. La pausa obedeció y entonces entendió: 11. Ley del Lenguaje: el reloj atiende al gesto interior, no al mandato exterior.

Quiso dejar constancia de un peligro que ya había conocido en carne ajena —aunque todavía no le ponía nombre—: lo que comienza como servicio puede convertirse en hábito, y del hábito a la soberbia hay un paso corto. Pudo entonces anotar: 12. Ley de Origen: si la intención nace del ego, la pausa se contamina y el mundo responde con grietas. No tenía pruebas empíricas de esa ley en el cuaderno; las tenía en la conciencia.

Atardecía cuando decidió recoger. Se sentía más viejo, pero de una vejez limpia, bien ganada. Antes de cerrar el cuaderno, repasó las notas y las ordenó como si fueran las leyes de un oficio. Se dio por satisfecho. No porque hubiera descifrado el reloj, sino porque había empezado a aprender sus modales. Guardó la leontina en el cajón, cerró con llave, apagó la lámpara.

La campana de la Catedral sonó a lo lejos. Contó mentalmente los tañidos: la hora coincidía con el reloj principal del taller. Había armonía. La respiración del mundo —esa que no se ve, pero sostiene— parecía haber aceptado sus ensayos sin reproche.

Ya en la puerta, una última idea lo asaltó. Volvió sobre sus pasos y abrió el cuaderno en la página en blanco siguiente. Escribió: *Ley cero (o de Custodia): el reloj no pertenece a nadie. Se ofrece al que lo sirve.* Debajo, sin adorno, una posdata: *Si alguna de las otras leyes entra en conflicto con ésta, prevalece la ley cero.*

Cerró el cuaderno con una calma nueva. Salió al balcón del fondo. La noche empezaba a tender su sombra, y la ciudad —esa vieja máquina que no duerme del todo— ajustaba sus ruidos a un compás amable. Rufino apoyó los codos en la baranda y dejó que el aire le enfriara la frente. No necesitaba más pruebas ese día. Había aprendido bastante para no equivocarse en lo esencial: no confundir poder con potestad, ni pausa con dominio. Sabía que vendrían jornadas más ásperas, quizá peligrosas, pero también que no estaba solo: no por la presencia de nadie, sino por la compañía del propio tiempo cuando es tratado con decencia.

La noche había caído sobre la ciudad de México con una lentitud inusual, como si el aire mismo temiera pronunciar su último suspiro. En la calle de la Palma, las luces de los faroles parecían flotar en una penumbra líquida. Dentro del taller de Rufino Agúndez, los relojes respiraban con su tictac ordenado, un coro disciplinado que medía el pulso invisible del mundo. Sin embargo, bajo esa aparente serenidad, algo había cambiado. El reloj de leontina, cerrado en su caja, vibraba con una energía nueva, como si respondiera a un llamado que solo él podía escuchar.

Rufino se había prometido no volver a tocarlo sin propósito. Había comprendido las leyes del reloj, los límites de su poder y el peso moral de cada intento. Pero esa noche, el aire olía distinto: una mezcla de ozono, humedad y electricidad, el aroma de las tormentas cósmicas que nadie en la Tierra ha visto jamás. La lámpara sobre su banco de trabajo osciló levemente, y las sombras de los relojes se proyectaron en las paredes con un ritmo irregular, como si se resistieran a marcar la hora.

El relojero cerró su cuaderno. Sus dedos temblaban, no por miedo, sino por una anticipación que desconocía. Desde el fondo del taller le pareció oír un murmullo leve, un susurro en un idioma sin palabras. Alzó la vista. La caja de terciopelo donde dormía la leontina brillaba con una luz azulada, tenue, como el reflejo de un relámpago lejano. Sin pensarlo, se levantó y la tomó entre las manos. El metal estaba tibio, casi vivo. Por un instante, pensó que debía resistir la tentación; pero algo dentro de él —una mezcla de destino y obediencia— lo impulsó a abrirla.

El instante siguiente fue un desbordamiento. La luz escapó del reloj en una espiral que llenó el aire, envolviendo las paredes, el techo, los relojes, hasta borrar todo límite visible. El taller desapareció. Rufino flotaba en un espacio sin suelo, sin horizonte, donde el tiempo no era flujo, sino materia. Frente a él, el reloj suspendido giraba lentamente, abierto, su interior convertido en un universo en miniatura. Las constelaciones se formaban y disolvían en su interior como organismos vivos, y el sonido —si podía llamarse sonido— era un pulso grave, semejante al latido de una estrella.

Rufino intentó hablar, pero las palabras no tenían sentido. La voz no se formaba. Entonces comprendió que no necesitaba pronunciar: bastaba con pensar. *¿Dónde estoy?* pensó. El espacio respondió con una vibración que se desplegó en ondas. No era una voz humana, ni una sola. Era una multiplicidad de presencias que se entrelazaban, creando una armonía de resonancias.

—Has cruzado el umbral —dijo una de ellas, profunda, antigua.— Has mirado el reloj y el reloj te ha mirado a ti.

Rufino sintió la voz dentro de su cuerpo, como si cada célula la recordara. Se inclinó instintivamente, aunque no había suelo que pisar.

—No vine por ambición —pensó—. Solo quiero entender.

—El entendimiento no siempre es bendición —respondió otra voz, más suave, femenina y distante.— Pero tu intención no nace del deseo, sino del cuidado. Por eso estás aquí.

Ante él comenzó a delinearse un círculo de luces, figuras de energía que giraban lentamente, adoptando formas efímeras: una espiral, una estrella, un ojo, una balanza. Cada figura pulsaba con un color distinto: dorado, violeta, blanco, azul. Era el Consejo Estelar, y Rufino lo supo sin necesidad de confirmación. No eran seres, sino conciencias; entidades que existían en el pliegue donde el tiempo deja de correr y la eternidad respira.

—Eres el custodio elegido —dijo la voz central, un tono grave que recordaba el retumbar del trueno en las montañas.— No porque seamos justos, sino porque el tiempo te eligió. Nosotros solo somos sus testigos.

Rufino bajó la mirada. Dentro del reloj vio girar galaxias diminutas, fragmentos de luz que contenían mundos enteros. Comprendió que el reloj no medía el tiempo: lo contenía, lo preservaba, lo soñaba. Un temblor de humildad recorrió su pecho.

—No soy digno de custodiar algo así —pensó.

—Nadie lo es —dijo otra voz—. Por eso nadie lo posee. El tiempo no es objeto: es conciencia. Y el custodio no es dueño, sino canal.

El espacio se expandió. Rufino vio imágenes superpuestas: un océano de estrellas que respiraba al unísono, planetas en formación, civilizaciones enteras que nacían y morían con el mismo pulso que un reloj. Comprendió que todo lo que existe, desde un átomo hasta una galaxia, sigue el mismo compás: una danza precisa entre movimiento y pausa. La pausa, entendió, era el lenguaje del equilibrio.

—Has aprendido las leyes menores —dijo la voz más antigua.— Pero ahora conocerás las que rigen la conciencia del tiempo. Escucha, y recuerda que no se escriben con tinta, sino con actos.

La luz giró, y cada palabra se transformó en símbolo flotante.

—Primera: el tiempo no se defiende, se armoniza. No lo fuerces, acompáñalo.

—Segunda: detener el tiempo es detener la memoria del universo. Cada pausa altera su canto. Úsala solo cuando la armonía peligre.

—Tercera: cada acto del custodio deja una huella. Cuanto más uses el poder, más parte de ti se convertirá en tiempo.

—Cuarta: cuando la disonancia surja, no temas. El caos no destruye: revela.

Las palabras no eran metáforas. Rufino las sentía grabándose en su mente como surcos de fuego. El Consejo continuó:

—Recuerda también esto: el reloj no castiga, pero responde. Si el ego guía la pausa, la realidad se fractura. Si la compasión la sostiene, el universo se reordena. Tus decisiones no se miden en segundos, sino en equilibrios.

Rufino sintió que el aire —si es que había aire— temblaba. El reloj giró sobre sí mismo, emitiendo un destello dorado que lo envolvió por completo. En ese instante, vio su propio rostro multiplicarse en infinitas versiones: joven, anciano, niño, inexistente. Vio todas las líneas de su vida extendidas como un abanico: los días que fueron, los que podrían haber sido, los que nunca serían. Entendió que el tiempo lo observaba con la misma curiosidad con que él lo había observado a lo largo de su vida. No había dueño, solo reflejos.

El Consejo habló una última vez:

—Rufino Agúndez, cada custodio recibe una sola prueba: preservar la armonía cuando el amor y el deber entren en conflicto. Llegará ese

momento, y solo entonces sabrás si has comprendido. No busques justicia, busca equilibrio. El tiempo no salva, equilibra.

El espacio comenzó a disolverse. Las luces se replegaron hacia el centro, volviendo a la esfera del reloj. Antes de desaparecer por completo, una voz final, casi humana, susurró:

—Y recuerda, custodio: el tiempo que salvas no es el tuyo.

Y todo empezó a disolverse en la nada.

CAPÍTULO 8

El peso de los segundos

Rufino despertó en el banco del taller. El reloj estaba cerrado frente a él, inmóvil, pero el aire conservaba un brillo leve, como si el espacio aún recordara la presencia del Consejo. Miró alrededor: los relojes marcaban la hora exacta, pero su tictac tenía una tonalidad nueva, más profunda, como si cada uno repitiera una sílaba del mensaje recién recibido.

Sobre su cuaderno había una línea escrita en tinta plateada: *El tiempo no se mide, se escucha.* Ninguna mano humana la había escrito. Rufino sonrió con un respeto silencioso. Sabía que nada de lo que había vivido podía contarse, y que, sin embargo, todo lo que haría después dependería de esa noche.

El amanecer filtraba una luz azul sobre los tejados del centro. El bullicio de la ciudad comenzaba a despertar: el chirrido de un tranvía, un pregón lejano, el sonido del viento entre los cables. Todo parecía igual, pero no lo era. Cada sonido tenía una profundidad nueva, una resonancia interior. El tiempo lo había tocado, y él había respondido.

Guardó el reloj en el cajón, respiró hondo y escribió en su diario: *He sido llamado por lo que no tiene nombre. Me ha hablado el tiempo, y no le temo.*

Luego, sin mirar atrás, encendió la lámpara, abrió el taller y dejó que el día lo reclamara de nuevo. Pero en el fondo sabía que el equilibrio era frágil, y que pronto el mundo —o su propio destino— volvería a ponerlo a prueba.

La mañana amaneció clara sobre el Centro Histórico. La calle de la Palma respiraba un aire fresco, casi metálico, y el sonido de los pasos sobre los adoquines se deslizaba con una lentitud que Rufino percibía distinta. El relojero abría su taller como todos los días, con la misma rutina meticulosa: subir la cortina, desempolvar las vitrinas, revisar la cuerda del péndulo principal. Pero en el fondo sabía que ya no era el mismo hombre. Desde la aparición del Consejo Estelar, algo dentro de él se había expandido y contraído al mismo tiempo. Era el mismo cuerpo, sí, pero su percepción del tiempo se había alterado para siempre.

El taller conservaba su orden habitual. Sin embargo, los relojes parecían tener un nuevo pulso, un ritmo más grave, más consciente. Rufino lo notaba en los silencios entre los tictacs, como si cada segundo cargara ahora con un

peso invisible. Había aprendido que el tiempo no se mide, se escucha. Y escucharlo era ahora una forma de penitencia.

Mientras repasaba su cuaderno de leyes, notó que las letras brillaban con una pátina plateada. No era tinta; era una huella luminosa, como si cada palabra escrita hubiera absorbido parte de la energía del reloj. Se detuvo en la Ley Cero: *El reloj no pertenece a nadie. Se ofrece al que lo sirve.* Aquella frase había adquirido un sentido más profundo tras la revelación del Consejo. Servir al tiempo no era una elección: era una condena y un privilegio simultáneos.

Encendió el quinqué del banco y colocó la leontina frente a sí. No la abría desde la noche del encuentro. Bastaba con verla cerrada para sentir su vibración interior. Durante un momento, pensó en las palabras de la voz central: *El tiempo que salvas no es el tuyo.* Esa sentencia se le había quedado grabada en el pecho. ¿Qué significaba realmente salvar el tiempo? ¿De quién? ¿De qué?

La primera punzada llegó sin aviso: un dolor leve en la muñeca, como una descarga eléctrica que no provenía del cuerpo sino del reloj. Rufino retiró la mano de golpe. El metal estaba tibio, pulsante. Comprendió que el reloj lo llamaba, no para probarlo, sino para advertirle. El equilibrio recién adquirido era frágil, y cada segundo mal entendido podía romperlo.

Durante días había evitado usarlo. Había comprendido que detener el tiempo, incluso por compasión, era alterar la armonía del universo. Pero la vida, en su obstinación cotidiana, no detiene sus pruebas. Esa mañana, mientras ajustaba un reloj de péndulo de un cliente, oyó un grito desde la calle. Corrió a la ventana y vio a un niño que había soltado el balón justo frente al paso de un tranvía. El impulso fue más rápido que la razón: abrió la leontina.

La luz se desplegó como una ola. El ruido se deshizo. El tranvía quedó suspendido a escasos centímetros del niño. Rufino bajó corriendo las escaleras y lo apartó del peligro. Cerró el reloj con un chasquido. El tiempo regresó. Nadie pareció notar nada: el tranvía pasó, el niño corrió, el conductor siguió su ruta. Pero Rufino sintió el peso del segundo que había salvado. Su respiración se tornó densa, y una fatiga profunda le invadió los brazos. Sabía que algo en el equilibrio se había movido.

Esa noche, los relojes del taller comenzaron a desajustarse solos. Algunos se adelantaban, otros se detenían. El péndulo principal oscilaba con un ritmo errático, imposible de corregir. Rufino entendió que el universo estaba cobrando el acto. La Ley de la Resonancia, pensó, no perdona. Pasó horas reajustando cada mecanismo, pero cada corrección generaba otra desviación. Finalmente se detuvo y miró el reloj de leontina sobre la mesa. No brillaba, pero su silencio era más elocuente que la luz.

Abrió el cuaderno y escribió: *Cada segundo pesa más que la suma de los siglos. El tiempo no tolera deuda, solo equilibrio.*

El cansancio lo venció. Se recostó en el banco y soñó. En el sueño, el Consejo Estelar lo observaba desde un horizonte de luz. Las voces no lo reprendían, pero tampoco lo consolaban. Solo repetían una idea: *La compasión sin medida también destruye.* Despertó sobresaltado, con la sensación de haber envejecido varios años en una sola noche.

Los días siguientes, Rufino comenzó a percibir el tiempo de otra manera. Cada tic-tac se le clavaba en los oídos como una respiración ajena. Podía distinguir los segundos densos de los livianos, los que pesaban con significado y los que pasaban sin dejar huella. En los rostros de la gente veía el reflejo del desgaste: las arrugas no eran marcas de edad, sino fracturas de instantes mal vividos. Entendió que el tiempo no se mide por duración, sino por intensidad. Que algunos segundos pueden contener más vida que una década entera.

Una tarde de lluvia, mientras ajustaba el reloj de pared del fondo, sintió una presencia en la habitación. No era humana. No la veía, pero la reconocía: era el tiempo observándolo, evaluando su aprendizaje. El aire se volvió espeso, el sonido del agua sobre el techo se detuvo. El reloj de leontina se abrió solo. Dentro, la galaxia interior giraba lentamente, pero el brillo ya no era azul: era dorado, como si el metal reflejara el ocaso. Rufino comprendió el mensaje. El reloj no buscaba ser usado, sino entendido. Quería enseñarle que detener el tiempo no siempre es salvarlo: a veces es condenarlo a repetirse.

Esa revelación lo estremeció. Recordó el rostro del niño, el tranvía detenido, el segundo suspendido en el aire. ¿Qué había hecho realmente? ¿Había salvado una vida o creado una brecha invisible? El peso del segundo lo aplastaba. Cada acto, comprendió, genera una reacción que no siempre se manifiesta de inmediato. El universo cobra sus deudas a su propio ritmo.

Pasó la noche entera meditando frente al reloj. No buscaba respuestas, sino silencio. Sabía que la verdadera comprensión no está en las palabras, sino en la escucha. En algún punto de la madrugada, cuando la ciudad dormía, el reloj emitió un sonido leve, casi un suspiro. Rufino lo interpretó como un gesto de aceptación. Cerró los ojos y agradeció. No sabía si hablaba con Dios, con el tiempo o consigo mismo, pero comprendió que esas tres cosas eran, quizá, una sola.

Al amanecer, salió del taller y caminó por la ciudad. Las calles estaban húmedas, el cielo limpio. Observó los rostros, las manos, los movimientos mínimos. Cada persona, pensó, era un reloj vivo que ignoraba su propia precisión. Sintió ternura por todos ellos, por su inconsciencia, por su prisa. También comprendió que su don lo había separado irremediablemente del resto. Ser custodio era vivir fuera del tiempo y, al mismo tiempo, dentro de todos los tiempos.

Esa tarde escribió en su cuaderno una nueva ley, no dictada por el Consejo, sino nacida de su propia culpa:

Ley de la Compensación: cada segundo salvado debe ser devuelto con gratitud o sacrificio.

Cerró el cuaderno y se recostó. El reloj de leontina reposaba sobre su pecho, tibio, latente. A través del metal sintió un pulso que coincidía con el suyo. Por primera vez no lo percibió como amenaza, sino como comunión. Comprendió que el tiempo no le pertenecía, pero que lo aceptaba como parte de su tejido.

En el silencio del taller, antes de dormir, murmuró una última reflexión: *El tiempo no pesa por su paso, sino por lo que hacemos mientras nos atraviesa.* Luego apagó la lámpara. Afuera, la ciudad seguía su curso, indiferente. Adentro, el reloj de leontina respiraba con un ritmo antiguo, el mismo que había movido las estrellas desde el principio de los días.

CAPÍTULO 9

El hijo y la herencia

Habían pasado quince años desde que Rufino recibiera el reloj que dormía bajo una manta de terciopelo azul, oculto en el cajón más profundo del taller. Desde que el Consejo Estelar se despidió con su mensaje luminoso, Rufino no lo había vuelto a tocar. Lo había sellado con la reverencia de quien encierra un corazón vivo. No lo movía, no lo miraba, pero lo sentía. A veces, mientras trabajaba con los relojes ordinarios de sus clientes, percibía un leve pulso en la madera del banco, una vibración sutil que no provenía de los mecanismos, sino de aquel objeto que parecía latir por cuenta propia. Entonces hacía una pausa, retiraba los dedos del latón y el acero, respiraba hondo y se decía a sí mismo que el tiempo, cuando de veras importa, se guarda en silencio.

Desde hacía semanas, el relojero notaba un cambio en el aire, un aviso de que algo nuevo —o antiguo— se acercaba. No imaginaba que ese algo llegaría en forma de sangre: su hijo, Sebastián Agúndez, regresó sin anunciarse, cargando una maleta y una mirada que mezclaba orgullo y cansancio. Había pasado años lejos, intentando forjar su propio camino, pero el destino lo devolvía al punto de origen, como si una corriente invisible lo arrastrara de vuelta al reloj que nunca conoció. Traía en la piel el polvo de ciudades extrañas y en los ojos un brillo inquieto, una inquietud que parecía hablar de deudas con el mundo y consigo mismo.

Rufino lo recibió con un gesto sobrio. Había amor entre ellos, pero también distancia, la que dejan los años sin diálogo, el hueco que se ensancha cuando las palabras fallan y solo queda la memoria. Sebastián habló poco: dijo que buscaba empezar de nuevo, que necesitaba trabajo, que quizás había llegado el momento de aprender el oficio. Rufino lo observó en silencio, buscando en su rostro alguna sombra del niño que fue, aquel que dormía junto a los péndulos como si el tic-tac fuese una canción de cuna. Aceptó sin condiciones. Tal vez el taller podría reparar lo que el tiempo había

desgastado; tal vez el orden de los engranajes supiera recomponer, sin aspavientos, lo que la vida había desajustado.

Durante los primeros días, padre e hijo compartieron una rutina callada. Rufino le enseñaba con la paciencia del maestro que no pretende impresionar: medir el aliento antes de soplar el polvo, mirar de perfil una rueda para descubrir su leve deformación, sentir con la yema de los dedos la tensión exacta de una cuerda. Le mostró cómo desmontar un reloj antiguo y cómo volver a armarlo sin que quedara resto de torpeza. Le enseñó a escuchar el pulso preciso de un mecanismo, a distinguir el retraso de una oscilación gastada del capricho de una mala lubricación. Sebastián aprendía rápido —sus manos obedecían—, pero su mente no descansaba. Había algo en el taller que lo inquietaba: un rincón al que su padre no se acercaba nunca, un cajón cerrado con llave que parecía contener el secreto de aquella calma inexplicable. En torno a ese cajón, el aire poseía un espesor distinto, como si fecundara la sala una respiración que no era de este mundo.

En las noches, después de que Rufino subía a descansar, Sebastián se quedaba limpiando la mesa de trabajo. Observaba los relojes dormidos, las herramientas alineadas con precisión matemática, la lámpara que apenas iluminaba el polvo suspendido como estrellas mínimas. Le fascinaba ese orden —su belleza humilde, su exactitud—, pero más aún lo perturbaba. Había algo sagrado en aquel espacio, una devoción que rozaba lo místico y que, sin embargo, no se nombraba. En una de esas noches, vio a su padre inclinarse sobre el cajón prohibido y tocarlo apenas con la mano. El gesto fue tan leve como una plegaria; la caricia de quien pide permiso. Esa imagen lo persiguió durante días, como un llamado.

Rufino, ajeno a las sospechas de su hijo, notaba, sin embargo, una sombra nueva en el taller. El aire tenía densidades cambiantes, como si el tiempo se desajustara apenas. A veces los relojes sonaban con un leve desfase entre sí, un eco mínimo que solo él podía percibir. Había aprendido a reconocer esos signos como advertencias, señales tenues de una perturbación que todavía no encuentra nombre. El equilibrio siempre anuncia su quiebre antes de romperse, pensaba. Y al pensarlo, su mirada volvía inevitablemente al cajón, con una mezcla de respeto y temor.

Una madrugada, Sebastián bajó descalzo. La luna entraba por la ventana alta y bañaba el taller con una claridad casi de sueño. Caminó entre los relojes dormidos, conteniendo la respiración para no perturbar el ritmo sagrado del lugar. Se detuvo frente al banco de su padre. La llave, diminuta, colgaba de un clavo junto al reloj de péndulo. La tomó. Dudó. Podía volver a subir, fingir que nada lo inquietaba, creer que el deseo era solo curiosidad. Pero algo lo empujó. Tal vez no era simple curiosidad; tal vez era herencia, una línea de fuerza que atravesaba generaciones y ahora reclamaba su turno.

El cajón cedió con un clic. Dentro, el terciopelo azul cubría un bulto pequeño. Cuando retiró la tela, la luz de la luna pareció replegarse, absorbida por el metal. El reloj estaba allí, intacto, hermoso, con una belleza sobria que daba

miedo. Sebastián lo levantó con cuidado. Era más pesado de lo que imaginaba, aunque su tamaño no lo justificara: como si contuviera una densidad secreta. Notó grabados en la tapa: líneas que no formaban letras conocidas, símbolos que parecían moverse sutilmente al mirarlos de reojo, como si la vista humana fuese siempre un poco tarde. La superficie estaba tibia, como si conservara calor humano; parecía respirar.

Trató de abrirlo y no pudo. Lo giró, lo observó contra la luz. En ese instante, el reloj pareció responder a su deseo: la tapa se abrió sola, como una flor que se rinde al amanecer. Dentro, el corazón del universo giraba. Sebastián vio luces suspendidas, puntos minúsculos que se movían en espirales lentas. No había engranajes, ni ruedas, ni ejes: solo una danza perpetua de energía, una galaxia viva en miniatura con un rumor sin sonido. El aire del taller cambió. Los sonidos se deformaron. El humo del quinqué se detuvo. El tiempo dejó de existir, o tal vez decidió quedarse perfectamente quieto para escucharse.

El silencio era absoluto. Sebastián sintió una mezcla de vértigo y poder. Todo estaba inmóvil salvo él. Dio un paso, luego otro, maravillado. Tocó el aire, que se resistía como un líquido invisible, y la resistencia lo hizo reír con un sobresalto infantil que no recordaba. Las agujas de los relojes estaban fijas, las llamas, suspendidas. Rio de veras, incrédulo y feliz. No era una ilusión: había detenido el mundo. La fascinación lo llenó por completo como una marea. Movió la mano frente a su rostro y vio su reflejo en el espejo del fondo, detenido una fracción más tarde. Esa alteración en la sincronía lo perturbó —aquella pequeña mentira de la imagen—, pero no lo detuvo. Cerró la tapa del reloj, y el universo volvió a su cauce. Los sonidos regresaron con violencia: el tic-tac, el murmullo de la calle, su propio corazón como un tambor.

Esa noche no durmió. Había tocado el poder y no podía olvidarlo; el recuerdo de la inmovilidad lo llamaba como un canto. Al amanecer, observó a su padre trabajar como si nada hubiera cambiado. Rufino parecía ajeno a todo, sereno, pero en su mirada había una claridad que intimidaba, un brillo que decía: lo sé. Cuando Sebastián le habló de los relojes, de las teorías sobre el tiempo, de si acaso podía doblarse o repetirse, Rufino respondió con una sola frase, sin levantar la voz:

—El tiempo no se dobla, hijo. Se respeta.

El joven calló. Pero dentro de él, la idea del respeto se confundía con la de la limitación. ¿Por qué renunciar a un poder así? ¿Por qué guardar un milagro bajo llave? El respeto sonaba, por primera vez, a renuncia, y la renuncia, a cobardía. Se dijo que quizá respetar consistía en usar bien, no en no usar.

Pasaron los días. Rufino notó el cambio en su hijo: los movimientos ansiosos, la mirada encendida, el ligero temblor de las manos, una impaciencia que lo delataba. Sabía lo que significaba. El reloj había sido tocado. No necesitaba pruebas. Lo veía en los relojes: algunos se atrasaban sin motivo, otros adelantaban segundos que nadie podía explicar. La armonía se desajustaba.

Y él, impotente, comprendía que el destino seguía sus propias leyes, que la paternidad no exime de los designios del tiempo.

Sebastián volvió al cajón una y otra vez. Cada vez que abría el reloj, el tiempo se rendía por unos segundos. Primero lo hizo por curiosidad. Luego por fascinación. Después por placer. Y más tarde por algo más filoso: la sensación de merecerlo. Disfrutaba de ese dominio imposible: ser el único en movimiento mientras el mundo dormía. Pero cada uso dejaba una marca. Notaba una presión en el pecho, un zumbido en los oídos, una fatiga que no era física sino del alma, como si una parte de sí quedara atrás, retenida en la quietud. El reloj cobraba su tributo, y él, ignorante, lo pagaba sin saber cuánto debía.

Una tarde, mientras Rufino salía a entregar un pedido, Sebastián invitó al taller a dos viejos conocidos: Tomás y Elías. Eran hombres de barrio, de oficio incierto y ambición permanente, con esa sonrisa que mide primero la oportunidad y luego la amistad. Les habló del reloj con una mezcla de secreto y desafío. Al principio se rieron: pensaron en trucos, espejos, hilos invisibles. Luego, cuando lo vieron detener el vuelo de una mosca y el parpadeo de la lámpara, enmudecieron. Tomás fue el primero en decirlo, casi con devoción:

—Con esto podríamos ser ricos. Un solo minuto bastaría.

Elías asintió. No hacía preguntas: sumaba. Sebastián sonrió, sin contestar. Las palabras flotaron en el aire, densas como la tentación, y parecieron adherirse a las paredes, a las herramientas, al péndulo inmóvil. Aquella idea se incrustó en su mente y comenzó a crecer. No como un deseo repentino, sino como una promesa inevitable, una ecuación de resultado evidente.

Esa noche, Rufino escribió en su cuaderno: El tiempo no se hereda, se profana. No sabía aún cómo lo sabía, pero lo sentía. El equilibrio estaba roto, y lo peor no había sucedido todavía. En los relojes del taller, una leve variación se repetía: todos marcaban la hora exacta, pero sus tictacs no coincidían. Era como si cada pieza insistiera en su propio compás, negándose al unísono. El tiempo, que hasta entonces había respirado con él, empezaba a alejarse. Y en ese alejamiento Rufino reconoció la vieja advertencia que nunca quiso escuchar en voz alta: cuando el tiempo se ofende, no grita; calla. Y en su silencio prepara la cuenta.

CAPÍTULO 10

El robo perfecto

Sebastián Agúndez observaba la fachada del Banco de Comercio desde una banca del Parque de la Constitución. Era una mañana nublada, de esas en que la ciudad parece contener la respiración bajo un cielo que amenaza lluvia pero nunca cumple. El aire tenía un peso extraño, una inmovilidad expectante. En el bolsillo interior de su abrigo, el reloj de leontina latía con un pulso tibio, casi humano, como si compartiera su ansiedad. Hacía

semanas que había decidido usarlo. La idea no era suya —había nacido en las conversaciones de taberna de Tomás, avivada por la audacia de Elías—, pero él la había hecho suya con una convicción que confundía la codicia con el destino. Habían planeado todo con una precisión casi quirúrgica: el día, la hora, los movimientos de los guardias, los relevos, los tiempos de apertura de la bóveda. Todo dependía de un solo instante, y ese instante lo controlaba él.

Rufino ignoraba el plan. Sebastián se había marchado de madrugada con la excusa de un encargo. No dejó nota, porque no podía explicarse a sí mismo lo que estaba a punto de hacer. Su mente repetía la idea con un fervor que rayaba en lo religioso: el reloj no podía ser un simple adorno ni un símbolo de poder. Su don debía manifestarse en el mundo real, debía probar su eficacia en la materia, en el pulso de lo concreto. Y si lograba dominarlo, sería dueño no solo del tiempo, sino de todo lo que este encierra: la fortuna, el poder, el recuerdo, el futuro.

Tomás y Elías lo esperaban en una esquina lateral, vestidos con ropas oscuras que absorbían la luz del día. No eran hombres de fe ni de ciencia, pero la promesa del dinero tenía en ellos la fuerza de una religión. Cuando Sebastián les mostró el reloj por última vez, ambos guardaron silencio. La luz que emanaba del metal era débil, pero constante, como un corazón que late bajo el agua. Nadie podía negar que aquel objeto respiraba. El plan era simple en apariencia: detener el tiempo al cruzar la puerta principal, tomar el dinero, salir antes de que el mundo se reanudara. Un robo sin testigos, sin huellas, sin historia. Un acto perfecto.

Entraron al banco a las once en punto. Los clientes llenaban el vestíbulo; los relojes de pared marcaban la misma hora con una precisión de orquesta. Sebastián sintió una punzada en el pecho: el reloj parecía reconocer el ambiente, vibrando con un ritmo propio, como si el corazón del lugar palpitara al compás del suyo. Se acercaron a la zona de cajas. El guardia los observó sin sospecha, sin saber que en unos segundos dejaría de existir, o al menos de moverse.

—Ahora —susurró Tomás.

Sebastián asintió. Sacó la leontina con una lentitud ceremonial. La sostuvo frente a sí. La tapa se abrió sola, obediente como un sirviente antiguo. Dentro, el universo giró una vez, y una onda silenciosa se expandió por la sala, invisible pero total. El murmullo se apagó, el aire se espesó, los cuerpos se congelaron. Una mujer quedó con la pluma suspendida sobre un cheque; un niño, con un dulce a medio camino entre la mano y la boca; un guardia, a medio bostezo. Todo era perfecto. El tiempo se había detenido.

Los tres hombres cruzaron el vestíbulo con el asombro de dioses recién nacidos. Las monedas flotaban en el aire como insectos dorados. Tomás golpeó la puerta de seguridad con un martillo, que se quedó detenido a mitad de impacto, inmóvil, absurdo. Reían sin ruido, aturdidos por su propio milagro. La bóveda estaba abierta, como si el destino los esperara. Sacaron

bolsas, tomaron fajos de billetes, oro, documentos. Todo parecía demasiado fácil, demasiado limpio, como un sueño sin fricción.

Pero algo cambió. Sebastián notó que el aire temblaba, apenas al principio, luego con fuerza. Las luces del techo parpadearon, y el reflejo de los hombres en el mármol comenzó a duplicarse. Primero una imagen, luego dos, luego incontables. Un eco, primero leve, después creciente, deformaba los bordes del espacio. Tomás levantó la cabeza, pálido.

—¿Qué pasa? —dijo sin voz, porque el sonido ya no tenía dónde alojarse.

El reloj, aún abierto, giró sobre sí mismo con violencia. La espiral de su interior se agitó como un animal herido. En lugar de mantener la suspensión, empezó a fragmentarla. Sebastián sintió un tirón en el estómago, una caída sin fondo. El tiempo no se había detenido: se había roto.

Las sombras se desdoblaron. Cada uno de ellos se vio repetido en infinitas versiones: un Sebastián caminando hacia la bóveda, otro retrocediendo, otro detenido con la mano extendida. Las palabras, cuando intentaban hablar, se multiplicaban en ecos que no coincidían, se perseguían como murmullos en un laberinto. El reloj vibraba con furia. Las agujas del gran reloj mural comenzaron a girar en direcciones opuestas, una hacia el futuro, otra hacia el pasado. La realidad temblaba como una superficie líquida.

Tomás intentó correr hacia la salida, pero su cuerpo se disolvió en una estela que se duplicaba, se desdoblaba, se reensamblaba una y otra vez. Elías gritó —o creyó hacerlo—, pero su voz se repitió en retardos infinitos, un coro de agonías desfasadas. Sebastián trató de cerrar el reloj, pero la tapa se resistía. El mecanismo reconocía algo que él ignoraba: la avaricia, el uso impuro, la falta de propósito. El reloj no obedecía a su voluntad. Lo rechazaba con una fuerza antigua.

Las paredes comenzaron a curvarse, doblándose como láminas de vidrio blando. El suelo onduló, las columnas se estiraron, los números del reloj mural se licuaron como tinta en el agua. El aire tenía peso, un peso insoportable. Sebastián cayó de rodillas, con las manos sobre los oídos. En torno a él, las imágenes se mezclaban: clientes inmóviles, ladrillos que se disolvían, columnas que se multiplicaban. Vio su propio rostro mirarlo desde todos los ángulos, descompuesto en fragmentos como un vitral roto. La realidad se fracturaba en ciclos, y él era su epicentro. Intentó gritar el nombre de su padre, pero el sonido se perdió entre los pliegues del tiempo, sin llegar a ninguna parte.

Por un instante creyó ver al Consejo Estelar, o al menos su eco: una forma de luz que lo observaba desde el interior del reloj. No era consuelo ni condena, solo presencia. Una advertencia silenciosa. Comprendió que el reloj no toleraba la avaricia porque esta rompía la armonía de la pausa. El poder que había buscado lo consumía desde dentro, deshaciéndolo.

Tomás, o su sombra, intentó tocarlo, pero su brazo se dividió en una secuencia de gestos congelados. Elías trató de avanzar hacia la puerta, pero cada paso lo devolvía al punto de partida, atrapado en un círculo que no

terminaba nunca. Ninguno comprendía que ya no estaban dentro del tiempo lineal, sino en su residuo, en un fragmento cerrado sobre sí mismo. El robo perfecto se había convertido en una prisión.

Sebastián volvió a mirar el reloj. En su interior ya no había galaxias, sino un abismo de luz. Sintió que el metal se fundía con su piel. Cada latido lo atraía más dentro del mecanismo. El aire se volvió irrespirable. Los ecos de su propia voz resonaban en coro: no era así, no era así, no era así… Intentó soltarlo, pero la cadena se había adherido a su muñeca. El reloj lo reclamaba.

Los segundos se estiraban hasta convertirse en siglos. No había arriba ni abajo, solo repeticiones. El dinero, las bolsas, los cuerpos, los relojes de pared: todo se duplicaba una y otra vez, girando en un bucle sin salida. El mundo había dejado de existir, y solo quedaba el eco de la intención que lo había desencadenado. Sebastián comprendió, en medio de la locura, que el reloj lo estaba castigando. No con fuego ni con muerte, sino con eternidad. Le había otorgado exactamente lo que deseaba: tiempo infinito. Y en ese infinito, la ambición se volvió tortura.

No sabía cuánto había pasado. Tal vez minutos, tal vez eones. Intentó cerrar los ojos, pero sus párpados no respondían. El tiempo ya no tenía forma. Su mente se fragmentó en reflejos: un niño que corre con una pelota, un joven que envidia a su padre, un hombre que sostiene un universo en la palma de la mano. Todo coexistía, todo se repetía, todo pesaba.

En el último destello de conciencia, vio el reloj abrirse por completo. Dentro, en lugar de luz, había oscuridad, una oscuridad absoluta que absorbía la materia. Sintió que caía hacia dentro de ella, pero no con el cuerpo: con la memoria. Quiso pedir perdón, pero las palabras se disolvieron antes de nacer. Su voz se multiplicó en infinitas versiones que no significaban nada.

Entonces el tiempo se cerró. No hubo explosión ni ruido. Solo silencio. Un silencio perfecto, inmóvil, sin fin.

Afuera, en la realidad intacta, el banco permanecía cerrado. Nadie notó nada extraño. A las once y media, un guardia bostezó. A las once treinta y uno, un reloj marcó la hora exacta. Todo parecía en orden. Pero en un rincón del vestíbulo, sobre el mármol, una leontina descansaba, inmóvil, con su tapa cerrada. Nadie la vio brillar. Nadie escuchó su leve tic que no marcaba segundos, sino la eternidad de un instante que se repetía sin fin.

CAPÍTULO 11

Las paradojas de Casiopea

Rufino Agúndez despertó de madrugada, sobresaltado por un sonido imposible: todos los relojes del taller latían al mismo tiempo. Nunca antes había ocurrido. Cada tic resonaba con una sincronía perfecta, como si un solo corazón de metal y engranajes palpitara bajo el techo. Se incorporó. El aire tenía una densidad distinta, un zumbido apenas perceptible vibraba en

las paredes. Las manecillas de los relojes no avanzaban, pero tampoco estaban detenidas: temblaban, como si el tiempo dudara entre seguir o colapsar.

Se levantó, encendió el quinqué y observó el péndulo maestro. El vaivén se había vuelto errático, describiendo un arco más corto, como si el espacio que lo contenía se redujera. Sobre la mesa, el cuaderno donde había anotado las leyes del reloj estaba abierto, aunque no recordaba haberlo dejado así. En la página, una nueva línea brillaba en tinta plateada: *El hijo ha roto el compás.* Rufino sintió un frío repentino. No necesitaba confirmarlo: sabía que Sebastián había usado el reloj.

Salió a la calle. La ciudad dormía, pero no respiraba igual. El aire vibraba con un zumbido metálico, y en la distancia, las luces parpadeaban en un ritmo descompasado. Caminó hacia el Zócalo. Cada paso parecía más pesado, como si el suelo lo absorbiera. Pasó frente a la Catedral, y los relojes del campanario giraban en direcciones opuestas. Las campanas emitían notas truncas, sonidos que se disolvían antes de alcanzar el oído. El tiempo estaba enfermo.

Rufino cerró los ojos y escuchó. No con los oídos, sino con esa nueva percepción que el Consejo Estelar había dejado en su mente. El desequilibrio no era solo físico: era una grieta en la conciencia del mundo. Pudo sentirlo como una herida abierta en el tejido del espacio, un punto de fractura que sangraba tiempo en todas direcciones. Supo dónde buscar. No lo razonó; lo recordó, como si el destino ya lo hubiera escrito.

Siguió el pulso invisible hasta las calles que rodeaban el Banco de Comercio. Al acercarse, el aire se volvió más denso. El sonido de sus pasos se repetía con eco doble, como si otro Rufino caminara con él desde un tiempo distinto. Frente al edificio, las luces de los faroles temblaban. Las sombras se movían con autonomía. El reloj de leontina ardía en su bolsillo, aún cerrado, como si reclamara volver al centro del caos del que había nacido.

El acceso al banco estaba bloqueado por una distorsión invisible. Rufino extendió la mano, y el espacio se onduló como agua. Un instante después, todo se fragmentó. Sintió que caía sin moverse, que el suelo se abría bajo él y lo tragaba sin peso. Cuando el vértigo cesó, ya no estaba en la ciudad, sino en una réplica imposible de ella.

Ante sus ojos se desplegaba un paisaje deformado: edificios plegados sobre sí mismos, calles que se repetían en bucles, ventanas que daban al mismo punto del que se partía. Personas suspendidas en gestos inconclusos: un hombre alzando un sombrero, una mujer girando la cabeza, un niño corriendo sin avanzar. El aire estaba lleno de reflejos. Cada movimiento generaba ecos de luz que se desdoblaban, multiplicándose hasta el infinito.

Rufino avanzó con cautela. El suelo parecía respirar. En el horizonte, los campanarios de la Catedral se curvaban hacia adentro, como si el cielo los absorbiera. Las sombras se deslizaban sin dueño. Cada sonido —una respiración, un roce, un pensamiento— se repetía en ecos que no coincidían.

El tiempo se había fracturado en miles de versiones simultáneas. Era como caminar dentro de un espejo roto.

En el centro de ese laberinto, el reloj de su hijo brillaba suspendido en el aire, girando lentamente sobre sí mismo. A su alrededor flotaban bolsas de dinero, papeles, cuerpos detenidos en poses grotescas. Sebastián estaba allí, de rodillas, atrapado en un ciclo de repetición: levantaba la mano, caía, volvía a levantarla, una y otra vez. Sus ojos estaban abiertos, pero vacíos. Rufino quiso gritar su nombre, pero el sonido se multiplicó en mil versiones que lo rebotaron desde todos los ángulos. Ninguna llegó hasta él.

Se acercó con esfuerzo. Cada paso era como avanzar contra una corriente invisible. Cuando intentó tocar a su hijo, su mano atravesó una capa de aire denso y sintió el mismo tirón que en su primer encuentro con el Consejo. Cerró los ojos. No podía salvarlo con fuerza, sino con entendimiento. Recordó la voz del Consejo: *El reloj no mide el cosmos, lo contiene.*

Abrió la leontina que llevaba consigo. La luz interior respondió, reconociendo su energía. Dentro, el universo en miniatura giraba con violencia. Rufino comprendió: la fractura no provenía del exterior, sino de una resonancia entre ambos relojes, dos centros de gravedad intentando coexistir en la misma línea temporal. El de Sebastián había contaminado el equilibrio, creando un doble imperfecto del mundo. Si no lograba restaurar la armonía, el universo se desgarraría por dentro.

Miró alrededor. Las calles plegadas sobre sí mismas parecían formar una constelación vista desde otro ángulo. Casiopea. La vio con claridad: las luces suspendidas, las figuras repetidas, todo se organizaba en un patrón que imitaba la constelación. Entendió entonces la ironía del nombre: las paradojas de Casiopea no eran un accidente, sino la advertencia que el Consejo había dejado en el mapa estelar del certificado de autenticidad. Todo estaba previsto, incluso el error.

El tiempo vibraba con una intensidad insoportable. Rufino sintió que su propio cuerpo comenzaba a duplicarse, a perder contornos. Vio versiones de sí mismo en diferentes momentos: uno sosteniendo a Sebastián de niño, otro limpiando un reloj, otro cayendo de rodillas. Cada fragmento de su vida coexistía, como si el reloj lo hubiera abierto por dentro. Comprendió que no podía destruir el reloj, porque el reloj no era un objeto, sino la manifestación del tiempo mismo. Si lo destruía, el universo colapsaría.

Debía encontrar el punto de equilibrio. La voz del Consejo regresó como un eco en su mente: *El tiempo no se defiende, se armoniza.* Cerró los ojos y respiró. Sintió el pulso de ambos relojes, el suyo y el de su hijo. Dos corazones desacompasados. Debía alinearlos. Tomó la leontina con ambas manos y la acercó al reloj suspendido. Las luces se intensificaron. El aire tembló. La materia chirrió como un metal doblándose sobre sí mismo.

Durante un instante, todo se unificó. Rufino vio el cosmos entero comprimido en un solo punto: galaxias, partículas, memorias. Vio su propia vida desde fuera del tiempo. Comprendió que la existencia era una espiral que se

repetía, y que su papel no era detenerla, sino impedir que se cerrara sobre sí misma. Si lograba estabilizar esa fractura, el universo seguiría su curso. Si fallaba, todo volvería al instante de la creación, donde nada existe salvo el pulso inicial del reloj.

Con un esfuerzo sobrehumano, unió ambas esferas. La luz se expandió. Sintió el peso del cosmos empujando hacia atrás. El cuerpo le ardía, los huesos se volvían ligeros, como si fueran polvo. Pero resistió. Oyó, entre los ecos, una palabra que quizá provenía de su hijo: *Padre.* No supo si era real o imaginada, pero bastó para mantenerlo firme.

El caos comenzó a replegarse. Los edificios se enderezaban lentamente, las sombras regresaban a sus dueños, los sonidos recuperaban su secuencia. La fractura se cerraba. Rufino comprendió que lo había logrado, pero al mismo tiempo sintió que una parte de él se disolvía. El reloj en su mano seguía abierto, pero su luz se apagaba poco a poco, como una estrella que ha cumplido su ciclo.

Cuando el silencio volvió, Rufino estaba de pie en el vestíbulo del banco. El suelo estaba cubierto de polvo y objetos sin dueño. Sebastián seguía allí, inmóvil, con el rostro sereno, como si durmiera. El reloj que había causado todo yacía a su lado, apagado, inerte. Rufino lo tomó y lo guardó junto al suyo. Sabía que el equilibrio era temporal, que el tiempo volvería a probar su solidez. Pero también sabía que había comprendido su verdadera naturaleza: el reloj no medía el cosmos, lo contenía, y mientras latiera, la existencia misma dependía de su compás.

Salió a la calle. La ciudad respiraba de nuevo. Los relojes del campanario marcaban la hora correcta. La luz del amanecer teñía las piedras con un tono de oro viejo. Rufino alzó la vista hacia el cielo. Entre las nubes, Casiopea resplandecía débilmente, visible aún a pesar del día. Sintió que lo observaba, no como castigo, sino como testigo. Y en ese instante, comprendió que el tiempo, como la vida, no sana: se reajusta.

El tiempo, si es que aún podía llamarse así, se extendía como una sustancia viscosa, una materia densa que respiraba por sí misma. Rufino flotaba en el vórtice, rodeado de reflejos que no eran ni luz ni sombra, sino algo anterior a ambas, como si el universo recordara vagamente la idea de existir. La realidad se curvaba en torno a él, plegándose sobre sí misma como un manto vivo, hecho de respiraciones detenidas y murmullos antiguos.

Cada movimiento generaba un eco que se prolongaba más allá de la comprensión; cada pensamiento producía una distorsión que se repetía hasta el infinito, como un círculo sin borde. Rufino comprendió, con la lucidez de quien ya no pertenece al mundo, que estaba dentro de la fractura creada por su hijo: un espacio donde el pasado, el presente y el futuro coexistían sin jerarquía, condenados a reflejarse unos en otros hasta volverse indistintos.

CAPÍTULO 12

El rescate

El tiempo es brutalmente inexorable cuando campea en el caos, como en un agujero negro que tiene un horizonte de sucesos sin fin. En la distancia —si acaso la distancia aún existía— Rufino podría ver que se insinuaban figuras suspendidas, fragmentos del mundo que intentaban recomponerse sin éxito: trozos de edificios que giraban lentamente como planetas, relojes flotantes que marcaban horas imposibles, rostros inmóviles que parecían recordar una emoción olvidada. Todo parecía detenido y, sin embargo, en perpetuo movimiento, como si la quietud fuera solo otra forma de girar.

El aire estaba saturado de un zumbido grave, profundo, que parecía provenir del corazón mismo del universo, un lamento mineral por el peso de su propia existencia. Rufino avanzó con dificultad, impulsado por una intuición que no pertenecía al tiempo, sino al vínculo que lo unía con su hijo, ese lazo invisible que ninguna paradoja podía destruir.

Una semana después del robo, cuando el mundo aún creía que todo seguía igual, Rufino había sentido cómo el reloj de leontina ardía en su mano. Su brillo ya no era dorado ni azul; era blanco, puro, insoportable, como si el metal hubiese sido tocado por la verdad. En su interior se agitaban las constelaciones que había contemplado en el Consejo Estelar, pero ahora no danzaban: se retorcían, dolían, se quebraban como cristales. Rufino entendió, con una punzada que le atravesó el alma, que el reloj no solo contenía el cosmos, sino también el sufrimiento de las disonancias que lo amenazaban. Y esa disonancia tenía un nombre: Sebastián.

Se vio caminar entre fragmentos de realidad que se superponían y se deshacían al contacto con su pensamiento. En un instante, el suelo bajo sus pies era la calle de la Palma, con sus adoquines húmedos y el eco de los tranvías; en el siguiente, era el mármol del banco, frío, resbaladizo, resonante. Luego, nada: solo un vacío sin color donde flotaban ecos de relojes latiendo. Las imágenes se mezclaban sin compasión: la infancia de su hijo, el taller lleno de polvo, el rostro de su esposa muerta que lo miraba desde un espejo de lágrimas, una luz que se abría como una herida sin fin. Todo estaba contenido dentro de ese tiempo enfermo, convulso, al borde de su propia disolución. Rufino no podía ya pensar en términos humanos. Solo podía sentir, y lo que sentía era el llamado.

Y entonces lo vio. Sebastián. En el centro del vórtice, arrodillado sobre una superficie invisible, rodeado de copias de sí mismo que repetían una secuencia interminable: levantar el reloj, mirarlo, intentar cerrarlo, fracasar, volver a empezar. Un ciclo de culpa y desesperación que se renovaba sin descanso. Cada réplica se disolvía al contacto con la siguiente, como espejos que reflejan un reflejo hasta borrar la imagen original. Rufino sintió el corazón encogerse; comprendió que su hijo estaba atrapado no en un castigo, sino en un eco infinito de su propio deseo.

Se acercó. Cada paso era una batalla contra el vacío, una negación de la nada. Al extender la mano, las imágenes se distorsionaron; su cuerpo se

multiplicó en docenas de versiones que se deshacían unas en otras, como si el tiempo lo triturara para poder tolerarlo. La voz del Consejo resonó en su mente con una solemnidad que ya no admitía duda: *El tiempo no salva, equilibra.*

—Sebastián —dijo, o creyó decir, porque su voz se fragmentó en mil ecos que lo envolvieron—. Hijo mío, mírame.

Uno de los reflejos levantó la cabeza. Por un instante, el verdadero Sebastián emergió de entre las copias. Tenía el rostro demacrado, los ojos encendidos por una luz enfermiza, y el reloj seguía adherido a su muñeca, fusionado con la piel como una herida viva.

—Padre… —dijo con voz hueca, como si hablara desde dentro de una caverna sin fondo—. No puedo soltarlo.

Rufino sintió la desesperación expandirse dentro de él como un incendio. Intentó acercarse más, pero el espacio se resistía, lo empujaba hacia atrás con una fuerza sorda. Cada metro era una eternidad. Sabía que debía tener cuidado: cualquier intento por alterar la secuencia podía reabrir nuevas paradojas, generar nuevos fragmentos de realidad. Ya lo había sentido antes: cada acción dentro del vórtice se repetía, se doblaba sobre otra línea temporal, creando una malla infinita de consecuencias. Aun así, avanzó.

—Escúchame, Sebastián —dijo, con voz serena y trágica—. El reloj no te pertenece. Ninguno de nosotros lo posee. Es el tiempo quien nos posee a nosotros.

—Lo necesito —replicó el hijo con una mezcla de súplica y rabia—. Puedo arreglarlo. Puedo controlarlo. Puedo traerlo todo de vuelta.

—¿Traer qué? —preguntó Rufino, y su voz tembló como una cuerda al borde de romperse—. ¿El pasado? ¿El amor que perdiste? ¿El orgullo que creíste merecer? El tiempo no devuelve, Sebastián. Solo transforma.

El joven bajó la mirada. Las copias a su alrededor repitieron el gesto, formando un coro de sombras que se inclinaba al unísono. En el suelo, el reflejo del reloj se multiplicaba hasta el horizonte. Cada esfera contenía una versión distinta de la misma escena: un padre y un hijo enfrentados en el umbral del fin. Rufino comprendió entonces que el universo entero los observaba, suspendido en su respiración.

El vórtice comenzó a comprimirse. Los colores se fundieron en una sola tonalidad líquida, una luz densa que parecía cantar. El aire vibraba con un gemido que hacía temblar la razón. Rufino entendió que debía actuar antes de que la fractura los devorara.

—Sebastián —dijo con calma, y su voz fue un refugio en medio del caos—, si me amas, déjalo ir.

El joven levantó la cabeza. En sus ojos había lágrimas que no caían; el tiempo mismo las sostenía, negándoles el alivio.

—No puedo —susurró.— Sin él, no soy nada.

Rufino dio un paso más. Podía sentir el calor del reloj, una radiación viva que quemaba el aire entre ellos. Las voces del Consejo regresaron, superpuestas como olas que se chocan: *Cuando el amor y el deber entren en conflicto, el custodio sabrá qué hacer.*

—Hijo —dijo Rufino, con la fuerza de quien ya ha elegido su destino.— El tiempo no te necesita. Pero yo sí. Y por eso debo salvarte, aunque eso signifique perderte.

Sebastián lo miró, confundido, aterrado, como si comprendiera apenas el alcance de aquella promesa. Intentó retroceder, pero el vórtice se cerraba sobre ellos como un puño. Las copias de ambos comenzaron a colapsar, fundiéndose en una sola imagen que se repetía en silencio. Rufino dio un último paso y tocó la muñeca de su hijo. El contacto liberó una descarga de luz pura. El reloj vibró como un corazón moribundo.

Por un instante, todo se detuvo. Los ecos, las sombras, los reflejos, el sonido. Padre e hijo frente a frente, suspendidos en el centro del tiempo. Rufino vio el miedo en los ojos de Sebastián, pero también un resplandor tenue, un deseo de redención que aún sobrevivía bajo la ruina. Entendió que el poder no lo había corrompido por ambición, sino por vacío, por el anhelo imposible de reparar lo irreparable.

—Perdóname —susurró Sebastián—. Yo solo quería entender lo que tú entendías.

—No hay entendimiento sin sacrificio —respondió Rufino con ternura.— Pero no te corresponde a ti pagar el precio.

El reloj emitió un último destello. El tiempo contuvo la respiración. Todas las líneas del universo convergieron en ese punto, como ríos que buscan el mar. Rufino comprendió que no podía salvar a su hijo sin romper el ciclo, y que romper el ciclo significaba romperse a sí mismo. La elección no era entre él y Sebastián, sino entre la armonía y la existencia.

—Padre… —dijo el joven, y su voz sonó como si viniera de todas las edades.

Rufino lo abrazó. Por primera vez en años, sintió el peso de ese cuerpo, el calor real de la vida. Pero también supo que era la última vez. Con una serenidad que no le pertenecía, llevó la mano al reloj.

—Déjame hacerlo —susurró.

Sebastián intentó detenerlo, pero Rufino lo miró, y esa mirada fue una orden y una bendición. El reloj respondió al verdadero custodio. La tapa se abrió sola. Dentro, el cosmos se encendió con la violencia de una estrella que estalla. El vórtice tembló. Rufino entendió que su deber no era salvar a su hijo, sino salvar el tiempo mismo. Y en ese instante, eligió.

El abrazo se disolvió en luz. Sebastián gritó, pero el sonido fue devorado por la expansión. El universo entero pareció detenerse ante esa lucha muda. Rufino sintió que su cuerpo se deshacía, pero su conciencia seguía en pie, intacta, como un faro en medio del colapso. Antes de fundirse con el flujo temporal, murmuró con serenidad:

—El custodio cumple su deber.

El vórtice se cerró. La luz se contrajo en un punto. Luego, silencio.

Cuando el tiempo volvió a respirar, Sebastián estaba solo, de rodillas, con las manos vacías. El reloj había desaparecido. A su alrededor, los fragmentos del espacio se reacomodaban lentamente, como si una respiración antigua regresara a su ritmo natural. Las imágenes perdían su doblez, los sonidos recobraban su cauce. Rufino ya no estaba, pero algo del brillo del reloj persistía en el aire, una vibración leve, un pulso que no moría.

El hijo alzó la mirada. En el resplandor que quedaba creyó ver una figura difusa, hecha de tiempo y memoria. Su padre, quizás. O el eco de lo que había sido. Luego, nada.

El universo, restaurado, siguió su curso.

CAPÍTULO 13

El último segundo

El silencio posterior a la fractura tenía la textura de un sueño que no se decide a morir. Sebastián seguía arrodillado en medio del vacío que alguna vez había sido el vórtice, con los ojos abiertos hacia la nada, sin parpadear, como si temiera que un simple movimiento bastara para romper el frágil equilibrio de aquel instante. Frente a él, la luz que había contenido a su padre aún temblaba, un resplandor obstinado que se negaba a apagarse, como la brasa que sobrevive al incendio. Todo parecía quieto, pero esa quietud tenía un pulso; un ritmo sutil que latía en lo profundo, recordándole que el universo todavía no había terminado de decidir su destino.

No comprendía del todo lo que había sucedido; su mente era un territorio sin bordes donde las imágenes se superponían: el rostro de Rufino deshaciéndose en la luz, el estallido silencioso del reloj, la sensación de que algo más vasto y desconocido los había observado. Lo único que sentía con claridad era el vacío. Pero no era un vacío hecho de ausencia, sino de exceso. Todo lo que había sido, todo lo que podría ser, lo envolvía en una saturación insoportable. El aire pesaba, la soledad dolía. Entonces comprendió —no con la razón, sino con el cuerpo— que Rufino ya no estaba.

Sin embargo, el tiempo no se había cerrado del todo. El espacio, aún herido por la implosión, vibraba con ecos de la energía del reloj. Las grietas invisibles en la realidad respiraban, palpitaban como heridas abiertas. Los objetos del banco seguían flotando, desafiando la gravedad; los relojes giraban sobre sí mismos, marcando horas que ya no existían; las sombras se desplazaban con un retraso imperceptible, como si la luz dudara de su propósito. Sebastián sintió miedo, un miedo nuevo, más profundo que el temor a la muerte: el miedo a que el tiempo nunca volviera a obedecer. Había creído que todo acabaría con la desaparición de su padre, pero comprendió, con un estremecimiento helado, que la herida seguía abierta. El equilibrio no había regresado. El reloj, aunque callado, aún respiraba.

A lo lejos, entre los pliegues inestables del espacio, un resplandor comenzó a crecer. Era la luz del reloj, suspendido en medio del vacío como una estrella inmóvil. Su tapa, entreabierta, liberaba una exhalación constante, un soplo que parecía venir de las entrañas del cosmos. El universo exhalaba a través de ella, como si todo lo creado dependiera de ese ritmo. De pronto, una figura comenzó a delinearse dentro de la luz: Rufino. No su cuerpo, sino su esencia, su forma más pura, hecha de energía y memoria. Su silueta se formaba y se disolvía en ondas, una y otra vez, como si la realidad lo recordara y lo olvidara en ciclos infinitos. El reloj lo había absorbido, pero no destruido. Su conciencia, lejos de extinguirse, se había fundido con la estructura del tiempo.

Dentro de esa red luminosa, Rufino percibía sin ojos ni cuerpo. Era un punto de conciencia flotando en una geometría infinita. No había arriba ni abajo, ni antes ni después; solo un entramado de hilos brillantes que unían cada instante con todos los demás. Cada segundo era un nudo, cada vida un destello efímero, cada pensamiento un acorde en una sinfonía que no terminaba nunca. Veía el nacimiento y la muerte de las estrellas, la vibración precisa de los relojes atómicos, el aliento de los seres vivos que sin saberlo sostenían la continuidad del cosmos. Todo formaba parte de una misma melodía, y él, por primera vez, escuchaba la totalidad. El reloj no era un objeto: era el corazón mismo del universo. Y él, Rufino Agúndez, se había convertido en su latido.

Por primera vez entendió con claridad absoluta lo que significaba ser Custodio. No se trataba de poseer el tiempo, ni de dominarlo, sino de habitarlo con conciencia; de sostener su delicado equilibrio con la propia existencia. El Consejo Estelar le había conferido un don que ahora se desplegaba ante él en toda su magnitud: el poder de existir dentro del flujo, no como espectador ni juez, sino como instrumento del orden. Era el artesano que reparaba con su propia alma la maquinaria del universo.

Desde aquel nuevo estado, Rufino percibió la fractura abierta, el punto donde el vórtice seguía latiendo en desorden. Allí, el tiempo se agitaba como un mar convulso. Las huellas de Sebastián y de sus cómplices brillaban todavía, heridas vivas en la superficie del tejido cósmico. Tomás y Elías, los ladrones, permanecían atrapados en el fragmento donde el robo había comenzado. Sus cuerpos repetían un mismo gesto: un paso, una risa, una mirada de terror, y luego el comienzo otra vez. Ni el dolor ni la conciencia los habitaban ya. Eran sombras huecas, reflejos de un error, condenadas a revivir un solo segundo hasta el fin de los ciclos. Rufino los observó con tristeza, no con odio. Comprendió que el castigo no era suyo, sino del tiempo. El reloj había juzgado por sí mismo, y su sentencia era la repetición.

Sebastián, en cambio, seguía vivo. Su figura titilaba en los bordes del vórtice, oscilando entre el mundo real y su reflejo. Rufino sintió el impulso de acercarse, de hablarle, de consolarlo. No podía usar palabras, pero el tiempo tenía otros lenguajes: la vibración, la resonancia, la memoria. Envió un

pensamiento, una corriente leve que cruzó los pliegues de la realidad como una brisa: *Hijo, aún no es tarde.*

El joven alzó la vista. No vio a su padre, pero lo sintió. Una corriente cálida le rozó la piel, y por primera vez las lágrimas descendieron. Eran lágrimas verdaderas, pesadas, que el tiempo ya no podía detener. Extendió la mano hacia la luz, como un niño que busca el tacto que lo salvó una vez. Rufino respondió con un destello que iluminó la nada. Esa conexión bastó. El vínculo que la fractura había desgarrado se restableció. Y el flujo temporal, obediente a esa reconciliación, comenzó a estabilizarse. Los colores recobraron su tono original, las sombras regresaron a sus lugares, la materia dejó de temblar.

Entonces Rufino comprendió el último secreto del reloj. Para cerrar el bucle, debía entregarse por completo. No bastaba con haber sido absorbido. Tenía que disolverse en la corriente, convertirse en la conciencia que une los segundos. Era el precio final del Custodio: no existir para sí mismo, sino para el orden.

Lo aceptó sin temor. Recordó las palabras del Consejo: *El tiempo que salvas no es el tuyo.* Ahora comprendía su sentido verdadero. No había sacrificio en esa entrega, sino continuidad, trascendencia. Cerró los ojos —si es que aún tenía ojos— y dejó que su ser se expandiera sin resistencia. Las líneas de luz se abrieron ante él como pétalos. El universo entero lo atravesó, un río de fuego sereno que lo disolvió sin dolor.

La absorción fue total. El cuerpo de Rufino se fragmentó en millones de partículas luminosas que se entrelazaron con los hilos del tiempo, cosiendo los fragmentos desde dentro. Cada hilo reparado producía un destello, un tic cósmico que marcaba la recuperación del equilibrio. Cuando el último se cerró, el reloj latió una vez más, un golpe de corazón que estremeció el cosmos entero. Luego, un silencio tan perfecto que contenía todas las notas del universo.

En el banco, Sebastián fue arrojado hacia atrás por una onda invisible. Cayó al suelo con violencia. El aire olía a ozono y a hierro. Miró a su alrededor: el edificio estaba vacío. No había rastros del vórtice, ni de los ladrones, ni de su padre. Solo el reloj, sobre el mármol, brillando con una calma nueva. Su superficie, antes opaca y turbulenta, era ahora transparente. En su interior ya no giraban galaxias ni constelaciones, sino una corriente serena de energía, un flujo dorado que se movía con la armonía de un río sin cauce. Sebastián lo tomó con manos temblorosas. No pesaba nada. Era como sostener la memoria.

Al contacto, una sensación de paz lo envolvió. No era suya, lo sabía. Era la presencia de su padre, expandida en el tiempo, flotando en cada segundo. Una voz sin sonido murmuró dentro de él: *El equilibrio se mantiene.* Comprendió entonces que Rufino no había muerto. Se había convertido en parte del tejido mismo del universo, en la materia de la duración. Todo cuanto sucediera de allí en adelante llevaría su huella invisible.

Sebastián se levantó. Las calles estaban intactas. El sol se filtraba entre las nubes con una claridad nueva, como si el mundo hubiera sido recién pulido. Las sombras eran más nítidas, los sonidos más puros. Caminó hasta el taller, con el reloj cerrado en la mano, sin atreverse a mirarlo otra vez. Al entrar, el aire olía a aceite y madera. Los relojes marcaban la hora exacta. Ninguno se había detenido, ninguno se había adelantado. Todo respiraba en compás perfecto, como si cada engranaje supiera que el universo había sido reparado.

Sebastián colocó la leontina sobre la mesa de trabajo y se sentó frente a ella. La miró durante largo rato, hasta que el reflejo del metal se confundió con su propia mirada. Pensó en su padre, en su obstinación, en el amor silencioso con que lo había protegido. No había consuelo en su pérdida, pero sí un orden, una claridad nueva que lo envolvía. Comprendió que la función del tiempo no era sanar, sino recordar. Y recordó.

En algún punto del universo, Rufino ya no era Rufino. Era el pulso que unía los relojes del mundo, el intervalo entre las notas del cosmos, la pausa necesaria para que todo siga. Su conciencia se expandía sin principio ni fin. Ya no distinguía el pasado del futuro, pero en cada segundo reconocía la huella de su humanidad: el taller, su hijo, los días de labor, las noches de vigilia, las conversaciones con los astros. Todo seguía ocurriendo, multiplicado, vibrando dentro del flujo eterno.

El Consejo Estelar lo observaba desde su dimensión sin tiempo, en silencio, satisfecho. La tarea se había cumplido. El equilibrio estaba restaurado sin que la estructura se destruyera. El reloj, ahora autónomo, giraba suavemente dentro del entramado de la eternidad. Y en su centro, donde antes había un mecanismo, latía una conciencia: la de Rufino Agúndez, el Amo del Tiempo.

La red de luz se expandió una última vez, abarcando la totalidad del cosmos. Las estrellas respiraron al unísono. El tiempo, purificado, reanudó su cauce natural. Las paradojas se disolvieron, los fragmentos se integraron, el universo volvió a cantar.

Y en el taller vacío de la calle de la Palma, el reloj de leontina emitió un tic, apenas audible, pero suficiente para recordarle al universo que todo sigue. Que incluso el último segundo contiene la eternidad.

CAPÍTULO 14

El silencio de los relojes

Despertó en el taller con el nombre del padre pegado a la garganta. No había luz de incendio ni derrumbe de paredes ni vibración de cristales; sólo la claridad opaca de una mañana que ya había empezado sin él. Sebastián se incorporó con dificultad. Miró alrededor buscando pruebas del cataclismo —un techo agrietado, el rastro del vórtice, un cuerpo— y no encontró nada.

La mesa estaba limpia. Las vitrinas, ordenadas. El suelo, barrido. Los relojes, todos, respiraban.

Sebastián oyó, con una nitidez que lastimaba, que todos los mecanismos del taller —de cuerda, de péndulo, de escape suizo, de recámara inútil— marcaban la hora en una coincidencia perfecta. No había interferencias ni coros mal encolados. Tic, tic, tic, a una sola distancia; y el tac simultáneo, como un corazón enorme y plural. Nunca antes —y él lo sabía, aunque apenas había vuelto— habían latido así. El taller, de pronto, parecía un pecho vivo.

Le costó ponerse de pie. Tanteó la pared, tanteó la mesa, pasó los dedos por la superficie de cristal del mostrador. El polvo respondía a su roce como si hubiera estado dormido años y despertara ahora por primera vez. Pensó: *He soñado.* Y el pensamiento, en lugar de aliviarlo, lo hundió.

Se acercó a la vitrina principal. Entre relojes de bolsillo de plata, cronómetros de viaje, dos cucús taciturnos y una colección de pulseras de cuarzo, yacía la leontina. Reconoció el terciopelo azul, el brillo discreto del metal, la cadena con eslabones que parecían huesos. El reloj estaba mudo. No era muerte, era mutismo. Sebastián contuvo la respiración, inclinó el rostro hasta casi tocar el cristal y esperó. Nada. Ni el rumor de una rueda fantasma ni la vibración microscópica de un rubí.

Entonces ocurrió: una luz interior, mínima, un parpadeo. No fue destello ni señal; fue la insinuación de una respiración. La leontina, callada, había respirado. El resplandor duró lo que dura una sílaba cuando nadie se atreve a pronunciarla. Luego volvió el mutismo. Sebastián retrocedió, tropezó con la silla, y la silla volvió a rodar sobre sí misma, obedeciendo a una coreografía que parecía ensayada desde siglos.

—Padre —dijo en voz baja, para probar si el nombre aún hacía mundo.

El nombre no abrió ninguna puerta. Afuera, en la calle de la Palma, el organillero se demoró una nota. Adentro, los relojes mantuvieron su compás. Sebastián colocó la frente contra el cristal de la vitrina. Esperó otra respiración de luz. No llegó. El recuerdo del vórtice volvió como un cuadro colgado en cuarto ajeno: exactamente nítido, pero sin lugar. ¿Había ocurrido? ¿Lo había inventado su miedo? ¿Se había desmayado antes de cruzar la puerta del banco? La memoria daba versiones incompatibles.

Buscó en el taller algún signo de Rufino. El cuaderno de tapas negras estaba sobre el banco. Lo abrió con torpeza. En las primeras páginas leyó aquellas leyes que había despreciado: *Suspensión/Respeto. Resonancia/Reparación. Ley del Ámbito. Ley del Costo. Ley del Consentimiento. Ley del Testigo…* Pasó hojas, más hojas. Allí estaba la Ley Cero: *El reloj no pertenece a nadie. Se ofrece al que lo sirve.* Más adelante, en tinta distinta, un trazo fino, apareció una línea que no recordaba: *El tiempo que salvas no es el tuyo.* Cerró el cuaderno con violencia, como si las palabras pudieran callarse a golpes.

El miedo cambió de color. Dejó de ser alarma y se volvió sospecha. Empezó a buscar pruebas de la desaparición del padre con un método que era a la vez detective y penitente: contó herramientas, comparó marcas en la madera, midió el ángulo de las limaduras en la bandeja, alineó péndulos. Todo estaba en orden. Demasiado en orden. En ese orden completo, faltaba el ruido minúsculo del hombre que respira detrás de las cosas. Faltaba Rufino.

Salió a la calle. La ciudad se comportaba con una cortesía que no había sido suya. El mercado cercano abría más temprano; el pregonero de tamales alargaba la última vocal; las palomas, en un milagro casual, tomaban el vuelo exactamente al mismo tiempo; el rumor de los tranvías parecía negociado con el viento. No era fantasía; era armonía. *El tiempo volvió a su cauce* —pensó—. Y esa frase, en lugar de consolarlo, lo empujó hacia un abismo que no tenía barandas.

Caminó hasta el Zócalo. La plancha parecía nueva. Sebastián, en un arranque de sobriedad, admitió que el mundo había despertado. Lo que no sabía era desde cuándo y desde dónde. Hizo la cuenta de los hechos con la lógica pedestre del que quiere salvarse: *fui con Tomás y Elías; abrí el reloj; la sala se dobló; las sombras se multiplicaron; padre apareció; la luz...* A mitad de la enumeración, enmudeció. La memoria, como el péndulo de un reloj sin impulso, se quedó en el punto medio.

Volvió al taller. Se cerró por dentro. Descendió la cortina metálica. Necesitaba aislarse de ese compás perfecto. Los relojes siguieron respirando en su coro de unidad. Sentado en el suelo, con la espalda contra la vitrina, trató de pensar con la dureza con que había aprendido a sobrevivir: *si no hay cuerpo, no hay muerte; si todo está en su sitio, nada pasó.* Pero la leontina, como si tomara la palabra en ese juicio sin juez, volvió a parpadear.

—Háblame —pidió, no al reloj, sino a lo que el reloj guardaba.

La súplica rebotó contra la madera, cayó como una herramienta y ya no se levantó. La idea de que el padre estuviera dentro —no como preso, sino como tejido de tiempo— lo despobló de argumentos. Era intolerable imaginarlo a salvo y, a la vez, imposible darlo por muerto. Quiso abrir la vitrina. La llave estaba en el cajón de la izquierda. La tomó, la introdujo, giró. El cristal cedió con un suspiro. Tomó la leontina. El frío del metal le corrió por la muñeca hasta el codo. Alzó el reloj hacia la luz. El brillo interior no apareció. Sólo su rostro, pálido, duplicado en el cristal.

Una idea se abrió camino con la obstinación de los pensamientos simples: *si lo abro, volverá*. Forzó la uña en la muesca. Nada. Probó con una hoja de afeitar. Nada. Probó con la punta de un destornillador, con cuidado primero, con torpeza después. La tapa no respondió. El metal, lejos de ceder, pareció tensarse, como si se defendiera sin violencia. El fracaso encendió una furia que no era odio, sino hambre de presencia. Golpeó la mesa con el reloj envuelto en la mano para no dañarlo. El golpe devolvió un sonido sordo, indestructible. El eco de ese golpe fue el principio de su caída.

La paranoia llegó sin hacer ruido. Empezó a desconfiar de todo: de la mesa, de los cajones, del vidrio, de la silla que volvía a rodar a su manera, del cuaderno que siempre decía lo mismo, de las manos, que temblaban como si alguien las guiara desde lejos. Oyó pasos en la escalera que no existía; oyó la campanilla de la puerta sin que nadie entrara; oyó la voz de Rufino pronunciando su nombre con esa mezcla de severidad y ternura que él mismo había traicionado. Saltó. Abrió. No había nadie. Cerró. El coro de los relojes mantuvo su compás perfecto, como una tortura pulcra.

La segunda fase fue todavía más feroz. La razón empezó a brindarle hipótesis impecables: *Rufino fingió; desapareció para castigarlo; todo ha sido una lección.* Luego, al minuto, desmontaba su propia teoría con elegancia: *nadie podría organizar el cielo para enseñarme; el Consejo no existe; fui yo.* Entre una claridad y otra, el tiempo se volvió goma. Se deslizaba. Por ratos, se detenía. Por ratos, se precipitaba en diez latidos. La gente, en la calle, seguía al mismo compás, ajena a su batalla. Sebastián comenzó a envidiar la ignorancia.

Por la noche, la leontina volvió a parpadear. No más de una décima de segundo. Ese mínimo, que otro habría olvidado, él lo convirtió en promesa. Se arrodilló ante la vitrina, con el reloj en las manos, y habló en voz baja con quien no estaba: le pidió una seña, una palabra, un error, un tic desobediente que rompiera el compás. Esperó una hora, dos. Nada. El compás no se sacudió. Comprendió que esa perfección —en otra vida un milagro— en ésta era su condena.

Vino el sueño sin descanso. Vio al padre arreglando un reloj de sobremesa, con la lupa calzada en la ceja; vio a la madre que casi no recordaba peinándole el remolino de la nuca; se vio a sí mismo niño, escuchando un tic tac que aún no le había sido negado; se vio de joven golpeando una puerta que no se abría; se vio en el banco, abriendo una flor de luz que se volvía cuchillo; se vio llamando a su padre por su nombre de pila, cosa que jamás había hecho; se vio viejo, sin haber aprendido nada. Despertó con un grito que no hizo ruido.

Al tercer amanecer, la mente cedió. Llamó a su padre en voz alta. Luego en voz más alta. Luego a gritos. Luego al silencio. Envolvió la leontina en el pañuelo y la guardó donde la había encontrado. Cerró la vitrina con cuidado extremo, como si el propio cuidado fuese una forma de devolver algo. Se sentó en el suelo. Lo encontraron así, dos días después, por el olor del aceite viejo y la obstinación de la cortina cerrada.

—Sebastián —dijo el vecino—. ¿Está bien?

No respondió. Miraba el cristal de la vitrina como quien mira el mar desde un naufragio. La ambulancia tardó once minutos. Los relojes del taller, sin que nadie los tocara, contaron esos once minutos como si fueran uno. El médico le puso la mano en el hombro. Sebastián pronunció una frase que nadie entendió: *El tiempo se escucha.* Lo subieron con suavidad. No opuso resistencia. En el trayecto, la ciudad le pareció hermosa y ajena: los cables,

los toldos, los rostros, los perros que cruzan, todo organizado por una voluntad que no era la de ningún hombre.

El informe fue sobrio: trastorno agudo, episodio confusional, internamiento preventivo. El manicomio —palabra antigua para una casa del dolor— lo recibió con la limpieza de los lugares que creen en la estadística. Lo acostaron. Lo medicaron. Dormía en horas que no eran horas. Despertaba sin pasado. En las paredes escuchaba números que nadie decía. Hablaba poco. Cuando abría la boca, decía lo mismo: *Respiran juntos.* Los enfermeros sonreían con la eficiencia del oficio. Los doctores anotaban. La familia no llegó. El padre, por razones evidentes. El resto, por exigencias de la vida.

Mientras tanto, el taller se quedó solo. La cortina volvió a subir por obra de un administrador discreto. Una mujer —contable, metódica— inventarió lo inventariable. Dejó la vitrina cerrada. El reloj de leontina, quieto, no estorbaba. Por la noche, cuando nadie quedaba ya, el taller oscurecía con la velocidad de los cuartos que han sido entrenados para no ser vistos. Y entonces, casi siempre a la misma hora —esa hora que ningún reloj marcaba porque estaba hecha para que nadie la necesitara—, la leontina respiraba. Un parpadeo, nada más. Como la contracción mínima de un músculo que está vivo contra la evidencia del reposo.

No había música, pero si alguien hubiese pegado la oreja al cristal habría jurado oír, por debajo del compás perfecto, un tic apenas separado, un segundo interior. No era un ruido distinto, sino una firma. El taller entero —el banco con su quemadura antigua, la pared con su clavo torcido, la mesa con su cicatriz de ácido— parecían inclinarse un milímetro hacia esa respiración. No como hacia un dios, sino como hacia una costumbre que se respeta aunque no se entienda.

En su cama blanca, Sebastián aprendía a contar sin relojes. Descubrió que un minuto de pena tiene el tamaño de una tarde y que un minuto de calma cabe en un parpadeo. A veces soñaba que la leontina abría el ojo y del interior salía una calle exacta, la suya, con su tienda y su organillero; intentaba entrar y el sueño le negaba la puerta. Otras veces soñaba la voz de Rufino diciéndole una frase nueva —nueva y vieja—: *No hagas ruido, hijo; el tiempo está durmiendo.* Despertaba con lágrimas que nadie veía.

Una tarde, la contable regresó para cerrar la contabilidad del mes. Barrió por pudor, ordenó por oficio, apagó por obediencia. Antes de bajar la cortina, se acercó a la vitrina, no por interés sino por rutina: cotejar número con presencia. El metal de la leontina devolvió un reflejo de su rostro. Por un instante, a ella —que no creía en ficciones— le pareció que el reflejo parpadeaba. Se tocó la cara, rio de sí misma, apagó. Afuera, la calle de la Palma continuó su tarde. Adentro, los relojes siguieron latiendo con un solo corazón.

CAPÍTULO 15

El amo del tiempo

La calle de la Palma había cambiado de piel, pero no de alma. Las fachadas, restauradas con colores nuevos, conservaban bajo sus capas de pintura los rastros de un siglo que no terminaba de morir. El ruido del tráfico moderno se mezclaba con el eco de los organillos desaparecidos, como si la ciudad aún soñara con su propio pasado. En medio de ese tránsito de épocas, un joven relojero caminaba con una llave en la mano y una emoción que no sabía nombrar. Había comprado un local antiguo, cerrado durante décadas, al que todos los vecinos llamaban simplemente “el taller de los Agúndez”.

Empujó la puerta de madera. El chirrido lo recibió como una voz que despierta. Dentro olía a aceite seco y a polvo envejecido. La luz de la tarde entraba oblicua, marcando los granos suspendidos en el aire como si fueran partículas del tiempo mismo. El joven —que se llamaba Julián, aunque ese nombre nada significaba todavía— dejó la llave sobre el mostrador y avanzó con paso lento, como quien pisa un santuario. Todo estaba cubierto por una pátina uniforme de olvido: los relojes detenidos, las herramientas alineadas, los papeles amarillentos con fórmulas que ya nadie comprendía.

Durante un momento permaneció inmóvil, escuchando el silencio. Le pareció que ese silencio no era total, sino una respiración contenida, una espera. La madera crujía con vida propia, los cristales del escaparate vibraban apenas con el rumor distante de los tranvías. Julián sintió un estremecimiento. Aquella estancia, pensó, no estaba muerta: solo aguardaba una chispa.

Se sentó frente al banco de trabajo. Entre el desorden, descubrió una caja de terciopelo oscuro, intacta, con las iniciales R.A. grabadas en la tapa. El polvo no la había tocado. La tomó con las dos manos, notando el peso exacto de los años. La abrió con delicadeza, temiendo interrumpir algo sagrado. Dentro, sobre un forro azul que parecía recién tejido, reposaba un reloj de leontina. Su superficie, sin embargo, no mostraba ni óxido ni desgaste. Era un objeto fuera de la degradación. Parecía haber esperado.

Julián lo alzó hacia la luz. El metal reflejó un resplandor cálido, casi orgánico. En el centro de la tapa, diminuto pero legible, había un grabado: *Rufino Agúndez, Custodio del Tiempo.* No entendió el significado. Pensó que sería una firma o una marca de taller. Giró el reloj entre los dedos. No escuchó tic alguno. Lo acercó al oído. Silencio. Lo agitó un poco, como se hace con los relojes antiguos para reanimar su corazón. Nada. Lo abrió.

El interior era distinto a todo mecanismo que hubiera visto. No había engranajes ni rubíes ni muelles. Solo una superficie lisa, líquida, que cambiaba de color según el ángulo de la luz. Y en el fondo, una inscripción, grabada en un material que parecía emitir su propia claridad: *“Solo quien comprenda el peso de un segundo podrá sostener el universo.”*

Julián leyó en voz baja. La frase le produjo una extraña sensación de vértigo. Era una advertencia y una plegaria a la vez. Sintió el impulso de cerrar el reloj, pero sus dedos se quedaron inmóviles. En el silencio del taller, un ruido mínimo se filtró, casi imperceptible: un latido. No un tic tac mecánico, sino

algo más profundo, orgánico, como el eco de un corazón antiguo que retomaba su pulso.

El joven sonrió, incrédulo. Pensó que sería una resonancia del metal, una ilusión auditiva provocada por el encierro. Pero el sonido persistió. Lentamente, el reloj comenzó a emitir una luz interior, leve, palpitante. Julián lo sostuvo frente a su rostro, fascinado. La luminosidad parecía reconocerlo. En el fondo de la esfera líquida aparecieron formas que no eran reflejos: constelaciones diminutas, remolinos de polvo cósmico, líneas que se movían como corrientes de agua en el vacío. Sintió que algo en su interior respondía, como si el reloj pulsara al compás de su respiración.

El tiempo pareció doblarse. Durante unos segundos, Julián creyó ver su reflejo multiplicado infinitamente, como si cada versión de sí mismo existiera en una fracción distinta del mismo instante. El vértigo lo obligó a cerrar los ojos. Cuando los abrió, el taller seguía allí, pero algo había cambiado. La sensación de realidad era más densa, como si el aire mismo tuviera memoria.

De pronto, la habitación cambió. Los relojes del taller —los viejos, los rotos, los olvidados— comenzaron a vibrar suavemente. Uno a uno retomaron su tic tac, pero no como antes: ahora lo hacían al unísono, en perfecta armonía, como si el taller entero despertara de un sueño prolongado. Julián miró alrededor, sin miedo. Todo aquello le parecía natural, inevitable, como si el espacio solo aguardara el momento de reconocerse vivo otra vez.

El aire se densificó. Por un instante, tuvo la impresión de que alguien estaba allí, observándolo. No una presencia tangible, sino una conciencia suspendida en el tiempo, extendida en cada molécula del aire. No supo explicarlo, pero lo sintió. Era una quietud llena de significado, como si cada tic contuviera una palabra. Cerró los ojos, y en su mente cruzó una voz serena, sin origen: *“El ciclo continúa.”*

Julián abrió los ojos. El reloj brillaba aún en su mano, con un resplandor cálido, casi paternal. Pensó en las horas que había dedicado a reparar mecanismos muertos, a devolverles su orden, sin imaginar que el tiempo mismo pudiera devolverle algo a él. Recordó entonces las historias que su abuelo contaba sobre los antiguos relojeros de la ciudad, hombres que, decían, sabían detener el tiempo de una habitación o hacer que un reloj despertara a un muerto. Siempre lo había tomado por fantasías de viejo. Ahora no estaba tan seguro.

Se dejó llevar por la emoción de lo desconocido. Colocó el reloj sobre el mostrador, con respeto. En el silencio absoluto que siguió, comprendió que aquel objeto era más que una reliquia: era una puerta.

Miró hacia la vitrina, donde los relojes antiguos seguían latiendo. Todos marcaban la misma hora: las 11:11. El número lo hizo sonreír. Superstición o coincidencia, lo tomó como una bienvenida. Se levantó, fue hasta la entrada y abrió la puerta del taller. Afuera, la tarde caía sobre la ciudad con la lentitud precisa de los días sin prisa. La gente caminaba ajena, los tranvías

eléctricos zumbaban, los pájaros trazaban círculos sobre los cables. El tiempo, pensó, había recuperado su ritmo.

Al regresar, el reloj había dejado de brillar. Pero al mirarlo de cerca, Julián notó que su segundero se movía con una cadencia exacta, serena, como si cada paso marcara no solo el avance de los segundos, sino su peso. *El peso de un segundo.* Repitió la frase en su mente, como si fuera un enigma o una promesa. Cerró el reloj y lo guardó en el bolsillo del chaleco. Al hacerlo, sintió un calor leve, casi humano, como si el reloj reconociera el pulso de su nuevo poseedor.

El sonido de los relojes del taller volvió a la normalidad. Pero de vez en cuando, un tic resonaba con un tono distinto, más profundo, más lento, como si otro corazón latiera detrás del compás visible. Julián no lo notó. O quizás sí, pero prefirió no darle importancia. Había mucho trabajo por hacer, clientes que atender, piezas que restaurar. El tiempo debía continuar.

Esa noche, cuando cerró el taller, el reloj de leontina emitió un leve resplandor, apenas perceptible. En la penumbra, el brillo formó una figura casi humana sobre la pared: la sombra de un hombre inclinado sobre un banco de trabajo, moviendo las manos con paciencia infinita. Era la silueta de Rufino Agúndez, el primer Custodio, aún presente en el pulso de su creación.

El joven no la vio. Se marchó, cerrando la puerta con una llave nueva, convencido de haber heredado un espacio lleno de historia. En el interior, el silencio se mantuvo. Los relojes siguieron su labor, marcando las horas del mundo. Y el de la leontina, envuelto en su caja de terciopelo, dio un solo latido más.

Un tic único, redondo, que viajó por la habitación, por la calle, por la ciudad. Un tic que el universo reconoció. Porque el tiempo, que nunca se detiene, había encontrado otra vez a su amo.

Y mientras la noche avanzaba sobre la ciudad, una brisa cálida cruzó la calle de la Palma. Los faroles parpadearon, y por un segundo, todos los relojes —los de los hogares, los de las torres, los de las muñecas de los transeúntes— parecieron sincronizarse. Nadie lo notó, salvo un anciano que, desde una ventana cercana, juró haber escuchado un suspiro dentro de su reloj de pared. Fue el mismo suspiro que, cien años atrás, había anunciado el despertar del primer Custodio.

Esa sincronía, invisible para el mundo, persistió durante minutos. Los perros dejaron de ladrar, los tranvías parecieron flotar sobre sus rieles, y el aire adoptó una textura nueva, elástica, como si la realidad se estirara apenas un centímetro para dejar pasar algo. Dentro del taller, el reloj de leontina volvió a latir una vez más. Y, en el instante en que su sonido se extinguió, un reflejo fugaz mostró sobre el espejo del fondo la silueta de Julián duplicada: una versión de sí mismo que sonreía con una sabiduría que aún no poseía.

Fuera, la luna emergió entre los tejados, reflejándose en los cristales polvorientos. Un gato cruzó la acera y se detuvo frente al escaparate del

taller. Observó el interior, atento, y sus ojos dorados captaron un movimiento leve, un parpadeo en la oscuridad. El animal arqueó el lomo, lanzó un maullido corto y se alejó sin mirar atrás.

A la mañana siguiente, Julián regresó temprano. La puerta, que había cerrado con llave, estaba entreabierta. El corazón le dio un vuelco. Entró con cautela, pero no halló señales de intrusión. Solo una diferencia mínima: los relojes que había dejado quietos marcaban ahora la hora exacta. Todos. Sin excepción. Sobre el banco, el reloj de leontina reposaba abierto, su luz apagada, pero con la inscripción ahora legible en un tono más intenso, como recién grabada.

Leyó de nuevo: *"Solo quien comprenda el peso de un segundo podrá sostener el universo."*
Esa vez comprendió algo que no podía explicarse con palabras. Tomó una pluma, buscó una hoja limpia y escribió: *"Julián Agúndez, Custodio del Tiempo."*

El título no lo hizo por vanidad. Era, más bien, un reconocimiento. Afuera, el sol subía lentamente por encima de los edificios. Y en algún rincón del mundo, quizá en otro siglo, otro reloj comenzó a latir al compás del suyo. Porque el tiempo, agradecido, siempre sabe a quién devolver su llave.

EPÍLOGO

El tiempo no termina, sólo cambia de respiración. En el fondo de la noche, cuando los relojes cesan su voz visible, el universo continúa su murmullo secreto. No hay silencio absoluto: lo que creemos quietud es la cadencia de una medida que aún desconocemos. Así también persiste la historia de Rufino Agúndez, que ya no es un hombre, sino una pulsación que sostiene los segundos.

Nadie recuerda su nombre. Las actas lo borraron, los registros se extraviaron, los vecinos murieron o fueron reemplazados por otros que ignoran que, bajo las losas de la calle de la Palma, late un corazón de luz. El taller sigue allí, disfrazado de tienda moderna, con vitrinas impecables y letreros nuevos. En el escaparate, entre relojes digitales y piezas de colección, hay uno que nadie se atreve a tocar: un reloj de leontina, dorado, antiguo, colocado sobre un cojín de terciopelo azul. La gente pasa frente a él con indiferencia o respeto inconsciente. Los más sensibles, sin saber por qué, bajan la voz al mirar.

En las madrugadas, cuando la ciudad duerme y el ruido de los automóviles se detiene, un tic profundo resuena, lento y preciso. No viene del reloj de la vitrina, ni de ningún engranaje visible, sino de más lejos: del subsuelo del tiempo. Los muros lo sienten, las vigas lo transmiten, los cristales lo devuelven. Es el latido de algo que vigila.

Rufino está allí. No como cuerpo ni sombra, sino como conciencia dispersa en la materia. Habita los espacios donde el tiempo se curva: en la pausa

entre dos respiraciones, en el intervalo entre el amor y su pérdida, en el segundo exacto en que un niño cierra los ojos antes de dormirse. Es una presencia sin nombre, pero perceptible para quien sabe escuchar. Algunos lo intuyen en los relojes que nunca fallan, en la puntualidad inexplicable de ciertos encuentros, en los segundos que se estiran para permitir un milagro o se acortan para evitar un desastre. Es el guardián invisible que corrige los desajustes del mundo.

El Consejo Estelar, remoto en su distancia luminosa, observa en silencio. No interviene. Su labor ha concluido mientras exista un custodio que mantenga la armonía. En los confines de la galaxia de Casiopea, los mapas del tiempo se reordenan. La fractura que una vez amenazó al universo ha sido cerrada con la sustancia de un alma humana. El flujo vuelve a su cauce. La luz viaja sin tropiezos. El reloj que gobierna los ciclos pulsa con serenidad: un ritmo que nadie oye, pero del que depende toda existencia.

El joven Julián, nuevo dueño del taller, sigue su vida sin saber. Repara relojes, conversa con clientes, mide el tiempo de los demás. Algunas noches, cuando el cansancio lo vence y el sueño se mezcla con la vigilia, cree ver una sombra trabajando junto a él: la figura de un hombre mayor, concentrado, paciente, que ajusta con delicadeza una pieza invisible. Julián sonríe medio dormido y piensa que el cansancio le juega bromas. Pero al despertar, los relojes marcan todos la misma hora, y sobre el mostrador encuentra siempre una mota de polvo con forma de estrella.

La herencia de Rufino no está en el objeto, sino en la vibración que dejó en el mundo. Cada segundo que transcurre sin ruptura es una forma de su permanencia. No hay templo ni tumba para su memoria, pero el universo entero es su epitafio. Nadie lo invoca, y sin embargo responde. Porque el tiempo, que fue su cárcel y su destino, lo reclama como parte de sí.

En los laboratorios del mundo, los relojes atómicos marcan las fracciones exactas de la eternidad. Los físicos se enorgullecen de su precisión. Ninguno sospecha que, más allá de sus fórmulas, hay un equilibrio más antiguo, una voluntad que suaviza las diferencias y borra los errores invisibles. Cuando los aparatos se desajustan, alguien, en algún lugar, sueña con un hombre que sostiene una esfera luminosa. Y al despertar, la medida se corrige sola.

El tiempo humano, sin embargo, sigue su curso imperfecto. Los días se desgastan, los cuerpos envejecen, las esperas se alargan. Pero algo ha cambiado desde aquella noche en que el reloj volvió a latir. Las horas parecen más coherentes, los amaneceres más puntuales, las despedidas menos crueles. No es que el dolor haya desaparecido, sino que el mundo respira en compás con una conciencia mayor. Rufino, que fue relojero, aprendió que el universo también necesita mantenimiento.

A veces, cuando el viento recorre las calles del centro y roza las vidrieras del viejo taller, se oye un leve murmullo. Algunos lo confunden con el sonido del tráfico lejano. Otros, más atentos, juran escuchar una frase: *“El tiempo que*

salvas no es el tuyo.” Es el eco de su juramento, multiplicado por la eternidad.

La locura de Sebastián, su hijo, no fue castigo sino tránsito. En los pasillos del hospital, envejece sin entender lo que vivió. Pero en las noches, cuando los fármacos se disuelven y el sueño lo libera, escucha un tic dentro de su pecho. Sabe que no es su corazón, aunque late al mismo ritmo. A veces, sonríe. En esos instantes, su mente alcanza una claridad que los médicos no comprenden. Es la memoria de su padre, hablándole en el lenguaje del tiempo.

Y así, el ciclo continúa. El reloj de leontina sigue esperando a su nuevo portador. No hay prisa. El tiempo sabe elegir. Cada siglo, cada era, alguien es tocado por su luz sin saberlo. No importa la forma ni el nombre: lo esencial es la comprensión del segundo, ese instante minúsculo que contiene la suma del universo. Cuando uno de esos elegidos abre el reloj, el cosmos se ajusta un grado más, como una maquinaria inmensa que se lubrica con almas.

El universo, visto desde la distancia de la conciencia, es un reloj en expansión. Cada galaxia, un engranaje; cada vida, un diente de rueda que impulsa el movimiento. Rufino Agúndez, ya parte de ese mecanismo infinito, observa el fluir de los mundos con la serenidad de quien entendió que la eternidad no se mide en duración, sino en sentido. No es dios ni espíritu ni espectro; es el tiempo mismo reconociéndose humano.

La Tierra sigue girando. Los mares avanzan y retroceden con el compás lunar. Los hombres aman, mienten, mueren, sueñan. El reloj del universo continúa su marcha. En algún punto de esa vastedad, un taller en la calle de la Palma mantiene encendido un hilo de luz. Nadie lo nota. Pero si alguien se acercara en la hora exacta, escucharía algo más que el tic tac de los relojes. Escucharía un suspiro que no pertenece a este mundo. El suspiro del custodio, que aún vela por la armonía de los segundos.

Y mientras el joven Julián duerme, el reloj de leontina, sobre su mesa, abre los ojos del tiempo y late una vez más. Un solo pulso. Perfecto, absoluto. El primer segundo de una nueva eternidad.